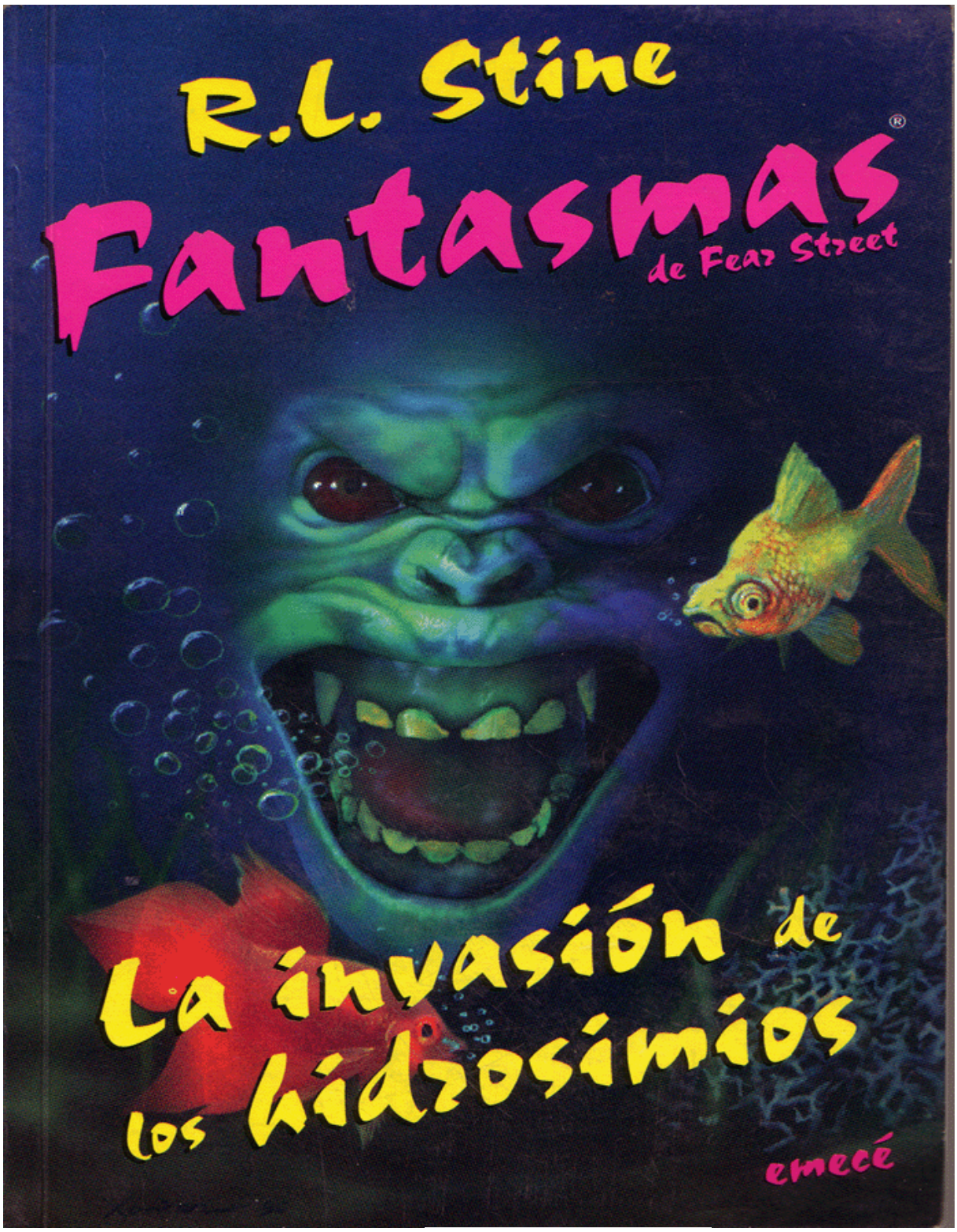
FANTASMAS DE FEAR STREET
LA INVASIÓN DE LOS HIDROSIMIOS
R. L. STINE



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

"¡Tú tienes el poder de crear vida!", rezaba el anuncio de la contratapa de la revista.

- ¡Qué bien! -dijo Scott Adams leyendo el anuncio atentamente.

Scott estaba sentado en las escaleras del por-che, delante de su casa, leyendo revistas con su mejor amigo, Glen Brody.

- ¡Mira esto! -continuó mostrándole el anuncio con la foto de un científico loco que observaba un gran tanque de agua lleno de criaturas extrañas. Criaturas denominadas "hidrosimios".

-¿Hidrosimios? -Glen se echó a reír. Se quitó los anteojos y los limpió con el borde de su camisa. -¿Qué es eso? ¿Monos nadadores?

-No lo sé. -Scott se encogió de hombros.

-A mí me parecen más bien lagartos.

- Bueno, ¿y qué se supone que tienes que hacer con ellos? -preguntó Glen.

- Criarlos. Eso es lo divertido. Nacen de unos cristales mágicos. ¿Lo ves? -Scott señaló el paquete de cristales mágicos que llevaba el científico loco en la mano.

-Oh, claro. -Glen puso los ojos en blanco.

-Monos nadadores que salen de cristales mágicos. No me lo creo.

-Bueno, dicen que está garantizado. Si no, te devuelven el dinero -dijo Scott-. No lo dirían si no fuera verdad.

- Es posible. -Glen no parecía muy convencido.

- ¿Quieres que los pidamos? -preguntó Scott.

- Ni hablar -replicó Glen.

-Dale. No tenemos nada que perder.

-Tres dólares y noventa y cinco centavos -respondió Glen-. Y la estampilla y los gastos de envío.

Scott sabía que sería difícil convencer a Glen de que gastara dinero... pero tenía que hacerlo. Casi todos los chicos de la escuela tenían historias siniestras para contar... historias sobre fenómenos extraños que les habían ocurrido. Como ser perseguidos por fantasmas en el cementerio de Fear Street. O haber sido atacados por criaturas mitad hombre, mitad animal en el bosque de Fear Street.

Pero Scott no tenía nada para contar. Ni una historia. Lo que, si lo piensas, era lo más extraño de todo. Porque todo el mundo sabe que si vives cerca de Fear Street, te suceden cosas horripilantes. Punto.

Scott había vivido al lado de Fear Street toda su vida. Y no tenía ni una siniestra historia que contar.

Hasta... quizás este momento. Sólo tenía que convencer a Glen de que pidieran los cristales mágicos...

-Es un precio tan pequeño por "el poder de crear vida". -Scott repitió la promesa del anuncio fingiendo el tono de voz de un científico loco. Deseaba parecer realmente un científico loco. Era muy difícil dar miedo con su cabello rubio, sus ojos azules y sus granos.

-Olvídalo -dijo Glen-. En primer lugar, nunca he visto un mono que nade. Ni siquiera en el zoológico. Además, es imposible que salga un animal vivo de un "cristal mágico". Por si no te has enterado, se necesitan una mamá mono y un papá mono para tener un bebé mono.

-¡No son monos! -protestó Scott-. Son... -Scott se estrujó el cerebro en busca de una respuesta. -Son... otra cosa.

-Sí, son hidrosimios -dijo Glen señalando las palabras-. Es lo mismo que monos nadadores.

-Pues yo los pienso pedir -insistió Scott, quitándole la revista.

-Pues pídelos -contestó Glen, apartándose un mechón de pelo castaño de la frente.

-Lo haré -le aseguró Scott-. En cuanto me prestes algo de dinero.

-No pienso darte dinero para que te compres unos estúpidos monos. Tú eres el único

que los quiere.

-No te estoy pidiendo dinero para pagar los monos, sino para pagar la estampilla y los gastos de envío -dijo Scott-. Y tampoco te lo pediría si no fuera porque ayer te comiste la mitad de mi asignación en el "Castillo de los helados". ¿Re-cuerdas el gran helado que te comiste para celebrar que era el último día de las vacaciones de verano?

- Bueno, bueno -aceptó Glen. Se metió los de-dos en la boca y empezó a dar arcadas. - Te lo devolveré.

- ¡Eres un asqueroso! -Scott se apartó de Glen tan deprisa como pudo. La última vez que Glen había hecho algo parecido, terminó vomitando de verdad. -Olvídalo -dijo un desdichado Scott.

-Está bien -gruñó Glen-. Pagaré la mitad.

Glen rebuscó en su bolsillo y sacó su dinero. Contó tres dólares y los puso en la mano de Scott.

- Adelante. Pide los monos nadadores. Pero cuando los cristales mágicos no cobren vida, no esperaré a que esa estúpida empresa me devuelva el dinero. Me lo devolverás tú.

-De acuerdo -dijo Scott-. Pero, ¿y si da resultado?

-Entonces seré el tío de un mono -bromeó Glen-. ¿Lo entiendes?

-Ja, ja -dijo Scott, no muy divertido por el mal chiste de Glen-. Ya verás.

"Dentro de pocas semanas, ya podré contar una historia extraña en la escuela. Quizás una historia espeluznante.

Scott no imaginaba lo espeluznante que la historia llegaría a ser.

2

-¡No! -gritó Scott-. ¡No!

Scott no podía creer en su mala suerte. Era la primera vez en tres semanas que no se había que-dado en casa esperando al cartero. ¡Y su paquete tuvo que llegar aquel día!

Pero eso no era lo peor. Lo peor era que el cartero le había dado el paquete a la hermana mayor de Scott, Kelly.

Kelly se creía que era maravillosa. Siempre estaba recordándole a Scott que casi tenía trece años. Y que ya era casi una adolescente. No un bebé como Scott... aunque Scott sólo tenía un año menos.

Scott y Glen encontraron a Kelly en la cocina.

-Podemos arreglarlo por las buenas o por las malas -dijo Scott acercándose a Kelly.

Puso la mano abierta con la palma hacia arriba.

-Dámelo. -Sabía que no lo haría. Kelly nunca hace nada por las buenas.

-¿Cómo sabes que el paquete es para ti? -se burló.

Scott se acercó a ella.

-Porque está mi nombre escrito en él -dijo arrebatándole el paquete.

-¡Imbécil! -exclamó irritada, golpeándole el brazo.

Scott no le hizo caso. Estaba impaciente por abrir el paquete. En cuanto lo desenvolvió, Glen estiró la mano abierta.

-¿Qué? -dijo Scott, observándolo.

-Tienes que darme mis tres dólares enseguida -contestó Glen-. Ya te dije que era un fraude.

Scott no quería admitirlo, pero era posible que Glen tuviera razón. La caja no se parecía en absoluto a la del anuncio. No había foto de científico loco. Ni de cristales mágicos. Sólo de un montón de ridículas criaturas. Con antenas en la cabeza. Y lazos rosas y azules. Nadaban de aquí para allá en uña pecera, sonriendo estúpidamente.

-Quizá se han equivocado de caja -sugirió Scott, dándola vueltas.

Kelly le quitó la caja.

-¡Ooooh! "El poder de crear vida" -leyó.

-Devuélvemela -exigió Scott.

Kelly se echó a reír.

-Vaya dos fracasados. ¿Qué les pasa? ¿No pueden encontrar amigos de verdad que tienen que criarlos?

Dejó la caja en la mesa y salió de la cocina.

-Entonces qué, ¿vamos a hacer algo con esto? -preguntó Glen abriendo la caja.

-Supongo que sí. -Scott se sentó y observó cómo Glen sacaba una pequeña pecera de la caja. Otro desengaño.

La pecera era mucho más pequeña que la que tenía el científico loco del anuncio. Era pequeña incluso para un pececito de colores. Y estaba he-cha de plástico.

Lo único bueno era una tapa con una luz que podías encender y apagar. Y el fondo de la pecera parecía la superficie de la Luna... con un gran cráter en el centro.

Glen sacó una bolsa con comida para hidrosimios y un paquete de cristales mágicos. Era más pequeño que un sobre de azúcar.

"Esto es un fraude como una catedral", pensó Scott.

-¿Qué tamaño se supone que alcanzarán los monos? -preguntó.

Glen buscó las instrucciones.

-Dice que si están bien criados, los hidrosimios pueden llegar a medir un centímetro y medio.

-¿Un centímetro y medio? -gimió Scott-. Los del anuncio eran monstruosos.

- Las instrucciones dicen que necesitaremos agua destilada -dijo Glen, leyéndolas-. ¿Tienes?

- No -respondió Scott-. Y no pienso gastar más dinero.

- Pues no podrás criar hidrosimios -dijo Glen-. Aquí dice que tienes que utilizar agua destilada.

-Tengo una idea -dijo Scott, sintiéndose mejor de repente-. Vayamos al bosque de Fear Street y saquemos agua del lago.

-¿Estás loco? -exclamó Glen-. ¿No has oído hablar de los horribles bichos que viven en el lago Fear? Conozco un chico que bebió agua de ese lago por una apuesta... y tuvieron que internarlo en el hospital. ¡Quién sabe lo que criaríamos si utilizáramos esa agua!

- ¡Exacto! -Scott esbozó su sonrisa de científico loco.

-¡Quién sabe lo que criaremos!

3

Cuando Scott llegó al final del paseo del parque, su corazón empezó a latir con más fuerza. Al siguiente paso, cruzaría la frontera imaginaria y se adentraría en un territorio peligroso... Fear Street.

Incluso a la luz del día, Fear Street era una calle oscura y tenebrosa. Grandes y viejos árboles flanqueaban la calle, y la luz del sol, cuando conseguía penetrar a través de las altas ramas, dibujaba extrañas sombras en el suelo. Sombras que parecían poder engullirte en cualquier momento.

Si paseas por Fear Street sabrás que todas las siniestras historias que te han contado sobre esta calle son ciertas.

-¡La aventura está a punto de empezar! -dijo Scott a Glen. Respiró hondo y se dirigió hacia el bosque de Fear Street. Era aún más siniestro que la calle. Y daba mucho más miedo. Los árboles del bosque eran anchos y nudosos, con ramas negras y retorcidas que parecían estar esperando. Esperando para estrangularte.

Glen vaciló.

- Bueno, ¿vas a venir o qué?

-Es una idea estúpida -replicó Glen.

- No lo es. Lo que pasa es que eres un gallina -dijo Scott; empezó a mover los brazos y a cacarear.

- No soy un gallina -dijo Glen.

- Entonces vamos.

-Está bien -Glen se metió en el bosque.

-¿Te sientes mejor ahora?

-Por aquí. -Scott señaló un sendero que llevaba directamente al lago Fear.

-Será mejor que nos demos prisa. En este bosque enseguida oscurece.

Mientras recorrían el sendero, Scott se dio cuenta de lo silencioso que era el bosque. No se oía el trinar de los pájaros ni el murmullo de los insectos. No se oía nada. Siniestro. Realmente siniestro.

Scott no apartaba sus ojos del sendero. Tenía que asegurarse de que iban por el buen camino. No le gustaría perderse en el bosque de Fear Street.

-¿Podemos darnos más prisa? -preguntó

-¿Qué parecen? -preguntó Scott.

-Granos de azúcar -respondió Glen. Puso el paquete bajo la nariz de Scott para que los viera. -Échalos -ordenó Scott, sujetando la pecera.

-Ahí va nada -dijo Glen, echando los cristales.

En el momento en que el primer cristal cayó en el agua del lago Fear, Scott notó que las yemas de sus dedos se estremecían. Luego, el estremecimiento se convirtió en una fuente de energía eléctrica que le subió por los brazos y se extendió por todo su cuerpo. Empezó a temblar. Al principio ligeramente. Luego como un salvaje. Trató de soltar la pecera, pero sus dedos estaban pegados a ella.

La pecera empezó a agitarse. Scott pudo ver chispitas de luz moviéndose en el agua. El agua burbujeaba y se agitaba.

El corazón de Scott latió tan fuerte y rápido que pensó que iba a explotar. Abrió la boca para gritar.

Para gritar a Glen que lo ayudara.

Pero no salió ningún sonido de su boca.

Glen. Seguía a Scott tan de cerca que le pisó una zapatilla.

- ¿Tienes que andar encima de mí? -protestó Scott, poniéndose bien la zapatilla-. El lago está ahí -añadió señalando al frente-. Tranquilízate.

-Te digo que esto es un gran error -murmuró Glen cuando llegaban a la orilla llena de barro.

-Dame la pecera -dijo Scott.

Glen sacó la pecera de su mochila y se la dio a Scott.

Scott le quitó la tapa y se la pasó a Glen. Se acercó a la orilla del lago y sumergió la pecera en el agua helada.

Aparte de que estaba muy, muy fría, Scott no notó nada extraño en el agua del lago Fear. No estaba turbia ni olía mal ni nada parecido. De hecho era agua pura y cristalina. No pudo evitar sentirse decepcionado.

Se puso la pecera enfrente de la cara.

- Muy bien, ahora echa los cristales -dijo a Glen.

- ¿Y por qué no lo hacemos cuando lleguemos a tu casa? -protestó Glen-. Está oscureciendo.

- ¡Cocoricó! -contestó Scott.

Glen metió la mano en su mochila para buscar los cristales mágicos. Cuando los encontró, rasgó el papel con cuidado.

4

-¡Glen! -finalmente Scott consiguió pronunciar el nombre-. ¡Ayúdame!

Pero en el momento en que gritó, dejó de temblar.

Sus brazos y piernas estaban quietos.

El agua de la pecera también.

-¿Qué te pasa? -preguntó Glen-. ¿Qué ocurre?

-No estoy seguro -trató de explicar Scott-. Cuando echaste los cristales, una especie de calambre se extendió por todo mi cuerpo. Es una de las peores cosas que he sentido en mi vida.

-¡Tapemos la pecera y salgamos de aquí! -exclamó Glen. Colocó la tapa. Se dio media vuelta y se metió en el bosque, camino de la calle.

-¡Espérame! -gritó Scott, saliendo detrás de él.

No se detuvieron hasta que llegaron a la casa de Scott y subieron las escaleras hasta su habitación.

Scott colocó cuidadosamente la pecera en mitad de su mesa.

Los dos amigos se sentaron en la cama, temblando.

Cuando recuperaron el aliento, Scott se inclinó para mirar dentro de la pecera.

-¡Mira! -gritó-. ¡Están vivos! ¡Funciona! ¡Hemos creado hidrosimios!

Scott observó los hidrosimios.

Eran simples motitas blancas. No eran más grandes que las motas de polvo que se ven en un rayo de sol. Pero estaban vivos.

Al principio, parecía que flotaban de un lado a otro, sin sentido. Pero cuando Scott se fijó bien, pudo ver que sus movimientos seguían un orden.

Los hidrosimios no se parecían en absoluto a los del anuncio de la revista ni a la foto de la caja. Pero estaban vivos. Y a lo mejor crecerían y se convertirían en algo que valiera la pena.

- No veo nada -protestó Glen.

Glen estaba sentado en medio de la cama de Scott.

- Tienes que acercarte -le dijo Scott-. Son muy pequeños.

Glen no se movió.

-No te va a dar un calambre -ironizó Scott-. He traído la pecera hasta aquí y no me ha pasado nada.

Glen se levantó y se dirigió a la pecera.

-Sigo sin poder verlos -insistió-. ¿Dónde está tu lupa?

Scott la sacó del cajón superior de su mesa y se la pasó a Glen.

-Son lindos, ¿eh? -preguntó Scott cuando

Glen los estaba observando a través de la lupa.

-Sí -dijo Glen-. No están mal. Pero, ¿po...? La voz de Glen se extinguió cuando vio unas burbujitas de aire que subían desde el fondo de la pecera.

-¿Qué está pasando? -preguntó Scott. Le quitó la lupa a Glen y observó el fondo de la pecera. Las burbujas salían de uno de los cristales. Un cristal grande y negro.

-¿Qué es eso? -preguntó Glen-. No lo vi cuando eché dentro el contenido del paquete. -No lo sé -respondió Scott.

El cristal negro continuaba en efervescencia. Scott y Glen lo observaron largo rato, esperan-do. Esperando que pasara algo más.

Pero no ocurrió nada.

El cristal negro siguió burbujeando.

Del cristal negro seguían saliendo burbujas cuando Scott se fue a dormir aquella noche. Dejó encendida la luz de la pecera para poder mirarlo mientras se quedaba dormido.

Pero los hidrosimios eran demasiado pequeños para verlos desde la cama. Ni siquiera podía ver el cristal negro desde tan lejos. Pero podía ver las burbujas que salían de él. Scott empezó a contar las que llegaban a la superficie. Los números se movieron dentro de su cabeza cada vez más deprisa. Su vista se nubló de tanto enfocar las burbujas.

En aquel momento, la luz de la pecera se apagó. Scott supuso que se habría fundido la bombita de la tapa. Lo comprobaría por la mañana.

Scott se tapó con las sábanas hasta la barbilla. Cuando cerraba los ojos para dormirse, la luz de la pecera se encendió. Y brillaba con mucha más intensidad que antes de apagarse.

Scott se dio vuelta para mirar. "Sólo tengo que levantarme y apagarla", pensó. Pero antes incluso de que pudiera apartar las sábanas, la luz parpadeó y se apagó de nuevo.

Luego se encendió. Y se apagó.

Siguió encendiéndose y apagándose hasta que Scott se levantó. En cuanto apoyó los pies en el suelo, la luz resplandeció y se quedó encendida.

Caminó lentamente hasta la mesa. Con cautela. Al acercarse, vio que el cristal negro del fondo burbujeaba furiosamente. El agua empezó a agitarse y cambió de cristalina a turbia, oscureciéndose totalmente.

Scott buscó el interruptor para apagar la luz. Pero antes de que sus dedos lo encontraran, apartó la mano bruscamente. ¿Y si volvía a darle un calambre?

La luz empezó a encenderse y apagarse de nuevo. Scott permaneció al lado de la pecera. Esperando. Pero esta vez no volvió a encenderse.

Scott se quedó en la más absoluta oscuridad. Tenía que encender la luz de la habitación... ya.

Se acercó a tropezones a la pared. Cuando es-taba buscando el interruptor, una súbita luz invadió la habitación... tan brillante y rápida como un relámpago. Luego, oyó una fuerte explosión... tan sonora como un trueno.

Scott se dio vuelta para mirar la pecera. Podía oír cómo bullía el agua.

Otro relámpago atravesó el agua.

La tapa comenzó a moverse. Y antes de que Scott pudiera hacer nada... ¡la tapa saltó de su sitio y se estrelló contra el techo!

5

¿Dónde está? ¿Dónde está? Scott recorría la pared con las manos, buscando el interruptor de la luz. Glen había tenido razón. Utilizar el agua del lago Fear había sido un gran error.

Los dedos de Scott finalmente tropezaron con el interruptor y encendió la luz.

Observó la habitación. La tapa de la pecera es-taba en el suelo. Desde donde se encontraba todo parecía normal. El agua volvía a estar quieta y clara. No había nada fuera de lugar.

Scott recogió la tapa del suelo. Tenía que haber una explicación lógica para lo que había pasado.

Quizás había sido culpa de las pilas. Dio vuelta la tapa para mirarla. De las pilas manaba un líquido aceitoso.

Scott fue a su mesa para mirar los hidrosimios. Las pequeñas criaturas parecían estar vivas y bien. Aunque estaban todas arremolinadas en un rincón de la pecera... como si estuvieran tratan-do de esconderse.

Y el cristal negro que había estado burbujeando todo el día había desaparecido.

Scott miró fijamente el agua, buscándolo.

Se sentó durante lo que le parecieron horas, esperando que reapareciese. Pero no lo hizo. Finalmente, Scott apagó la luz y se fue a dormir.

-¡Scott! ¡Despierta! -Su madre lo sacudía vio-lentamente.

Scott dio media vuelta y se tapó la cabeza. No podía levantarse.

Todavía no. Tenía la impresión de que acababa de dormirse.

Vamos, Scott. -Su madre volvió a sacudirlo.

-Vas a llegar tarde a la escuela si no te levantas ya. -Ya me levanto -balbució-. Ya voy.

-Ni siquiera has abierto los ojos -dijo su madre.

Scott dio media vuelta y abrió los ojos.

-¿Contenta? -gruñó.

-No -dijo-. Quiero verte de pie.

Scott se sentó en la cama.

Aquello pareció dejarla satisfecha.

-Bien -dijo, dirigiéndose hacia la puerta.

-Ahora date prisa y vístete para poder tomar un desayuno decente antes de irte.

En cuanto la madre de Scott abandonó la habitación, Scott se tiró en la cama y volvió a cerrar los ojos.

-Mamá ha dicho que te levantes, pequeño y abyecto ser -gruñó Kelly entrando-. ¡Mamá! -gritó por encima de su hombro-. Este ser abyecto todavía está en la cama.

-¡Mentira! -exclamó Scott saltando de la cama. Se dirigió a ver los hidrosimios.

Realmente, eran muy pequeños. Pero ya no parecían motas blancas de polvo. ¡Ahora parecían grandes motas blancas de polvo!

Están creciendo. ¡Fantástico! Scott sacó una camiseta de manga larga del cajón. Cuando estaba metiéndosela por la cabeza, oyó un débil ruido.

"Qué será eso?", se preguntó poniéndose la camiseta.

Seguro que algunas ramas habían golpeado la pared de la casa. Miró por la ventana que había al lado de su mesa. El árbol del jardín estaba totalmente quieto.

Pero Scott seguía oyendo el sonido: tap, tap, tap.

Escuchó atentamente... y se dio cuenta de que no venía de afuera.

Sonaba dentro de la habitación.

Justo al lado de él.

Scott se apartó de la mesa de un salto. Observó la pecera. No podía creer lo que estaba viendo.

Un hidrosimio apretaba su nariz contra una de las paredes de la pecera. ¡El era el que hacía el ruido!

Aquel hidrosimio era grande... más grande que todos los demás juntos. Tenía el tamaño de un renacuajo.

Scott agarró la lupa y observó a la criatura. De cerca, era incluso mejor que las del anuncio. Y, además, se parecía a un mono... de color marrón y algo borroso. Incluso tenía brazos y piernas.

Se quedó allí, en el fondo de la pecera, devolviéndole la mirada a Scott. ¡Sin duda era la cosa más emocionante que Scott había visto en su vida!

-¡Scott! ¡Vamos!

Por el tono de voz de su madre, Scott supo que tenía que bajar inmediatamente.

-Tengo que irme -explicó a su nueva mascota-. Pero te veré después. ¿De acuerdo, compañero?

Cuando las palabras terminaron de salir de su boca, sucedió algo sorprendente.

"Tengo alucinaciones", pensó Scott. "Es imposible."

Scott cerró los ojos con fuerza. Los abrió y miró de nuevo.

No. No se lo estaba imaginando.

El joven hidrosimio lo estaba saludando con la mano.

-Te digo que me estaba saludando -dijo Scott por enésima vez cuando Glen y él estacionaban las bicicletas en el garaje de Scott-. Y se parece a un mono de verdad.

- Bueno, está bien. -Glen se rió. -La pecera entera explotó anoche y ahora tenemos un mono nadador gigante que saluda con la mano.

-No he dicho que sea gigante -protestó Scott, colgando la bicicleta en su sitio.

- Sí, lo has dicho -contestó Glen-. En el comedor; dijiste a Randy y Zack que era un hidrosimio gigante.

-Bueno, tienes razón -dijo Scott dirigiéndose a la puerta que daba a la casa-. Bueno, es un gigante comparado con los otros hidrosimios que hay en la pecera.

En cuanto entraron en la habitación de Scott, Glen lo apartó de un empujón para llegar antes a la pecera.

- ¡Guau! -exclamó.

-Ya te dije que era muy grande -dijo Scott con orgullo.

-¿Grande? ¡Si tiene el tamaño de King Kong!

Scott se echó a reír. Sabía que Glen estaba exagerando pero se sentía contento de que al fin le creyera.

- ¿Te está saludando?

-Sí -respondió Glen levantando la pecera.

-Saluda como un loco.

- Déjame ver -pidió Scott.

-Espera un poco -susurró Glen. Se acercó la pecera a la oreja.

-¡Eh! ¡No lo vas a creer! -¿Qué? -preguntó Scott con excitación.

- ¡Creo que está cantando!

- Qué imbécil eres -replicó Scott.

-No. Tú eres el imbécil -respondió Glen volviendo a poner la pecera en la mesa-. Aquí no hay ningún mono gigante.

Scott observó la pecera. Era verdad. El hidrosimio no se veía por ninguna parte. ¿Dónde esta-ría? "Sé que estaba aquí", pensó. "Sé lo que he visto."

-Glen, te repito que estaba aquí esta mañana.

- Bueno, está bien -murmuró Glen-. Te creo. Scott sabía que Glen no le hacía caso. Estaba observando uno de los hidrosimios pequeñitos.

- Fíjate en éste -le dijo-. Mira qué bien se lo ve.

- Sí -admitió Scott de mala gana, mirando por encima del hombro de Glen-. Muy bonito.

-¡Mira! Mira qué brazos tan pequeñitos tiene. Se mueven -dijo Glen.

- Sí, eso parece.

-Vamos, anímate. Es mucho mejor de lo que pensaba -dijo Glen-. Por lo menos no es un completo fraude.

- Pero el que vi esta mañana sí que era auténtico.

-Este también lo es. Aunque se parece más a un pececito que a un mono -dijo Glen-. Mira cómo nada. ¿Lo ves?

Scott asintió.

- Está casi en la superficie del agua. Mira esto. Cuando llega a la superficie, da media vuelta y vuelve al fondo, justo al lado del cráter. Un poco antes de tocar el fondo, da media vuelta y vuelve a la superficie. Es como si estuviera haciendo largos o algo así -explicó Glen.

-A lo mejor se está entrenando para las Olimpiadas de los Hidrosimios -bromeó Scott. Vio cómo el minúsculo hidrosimio daba media vuelta en la superficie de la pecera, como Glen había dicho que haría. Pero no podía dejar de pensar qué le habría pasado al mono gigante que había visto por la mañana.

No tuvo que preguntárselo mucho más. Porque, en el momento en que el pequeño hidrosimio llegó al fondo de la pecera, Scott vio una garra marrón, grande y peluda salir del cráter y atraparlo.

La mano se cerró alrededor de la pequeña criatura.

Y la aplastó.

6

-¿Has visto eso? -preguntó Scott-. ¡Era él!

-¿El? -preguntó Glen, mirando a Scott como si se hubiera vuelto loco-. Querrás decir "eso", ¿no?

-No -contestó Scott poniéndose de pie-. ¡Quiero decir "él"! ¡Ya te dije que teníamos un mono nadador gigante que saluda!

-Bueno, no estaba nadando -señaló Glen-. Y me parece que tampoco estaba tratando de saludarnos. Lo único que he visto es una garra pe-luda que ha estrujado al monito.

-Te estoy diciendo que era él -insistió Scott-. A lo mejor sólo quería jugar con el monito o algo así.

-¿Jugar con él? -dijo Glen-. ¡Lo ha estrujado!

Scott observó la pecera. Pero lo único que pudo ver fue a los pequeños hidrosimios nadando de aquí para allá.

-Tiene que estar escondido en el cráter -dijo Scott.

-Quizás esté planeando otro ataque -respondió Glen.

-¡Oh, oh! -dijo Scott. Se le acababa de ocurrir una idea horrible. -¿Y si tiene hambre? ¿Y si pensó que el monito era su comida? Es tan gran-de comparado con el resto... a lo mejor piensa que los demás son su comida.

-¡Oh, fantástico! -exclamó Glen.

-Bueno, comprobaremos si lo que tiene es hambre -sugirió Scott.

Scott sacó el paquete de comida para hidrosimios del cajón de su mesa y vertió una parte en la pecera. Era exactamente igual que la comida para peces; la única diferencia era que los copos eran más pequeños.

-No sale -dijo Glen-. Quizá deberías echar un poco más.

Scott echó más de medio paquete.

-¡No tanto! -gritó Glen, quitándole el paquete.

Scott observó la pecera. Ahora ni siquiera podía ver los hidrosimios. Había demasiada comida flotando en el agua.

Entonces, algo grande, oscuro y peludo salió del centro del cráter.

El agua de la pecera empezó a agitarse y a hacer remolinos. Y a salpicar la mesa de Scott.

-¡Pon la tapa! -gritó Scott mientras se apartaban los dos de la mesa de un salto-. ¡Deprisa! ¡Está tratando de salir del agua!

7

Scott y Glen miraron horrorizados el brazo marrón y peludo que salía de la pecera.

El agua se agitaba y salpicaba por todas partes mientras el animal llegaba hasta el borde de la pecera. La criatura tenía unas uñas afiladas que rechinaban al rozar el plástico.

Scott y Glen retrocedieron.

De repente, el agua dejó de agitarse. Y el hidrosimio volvió a sumergirse en el agua.

Scott se acercó a la pecera. Lentamente. Miró el interior.

Toda la comida había desaparecido.

Y los hidrosimios también. Todos... menos uno.

El hidrosimio peludo flotaba perezosamente en el agua. Ahora era mucho más grande... Tanto como un pececito de colores.

-Es tres veces más grande que esta mañana

-dijo Scott.

-Sí, claro. A lo mejor es porque se acaba de zampar diez kilos de comida -dijo Glen-. ¡Junto con todos los habitantes de la pecera!

-No creo que quisiera comérselos. -Scott esperaba estar en lo cierto. -Con tanta comida flotando en el agua, ¿cómo iba a distinguir los copos de los monos?

-Escucha, no me importa que quisiera comérselos o no -dijo Glen-. El caso es que se los ha comido. Lo que lo convierte en un asqueroso cerdosimio.

-¿Un cerdosimio? -Scott se echó a reír.

-Sí. -Glen también se echó a reír. -Tenemos un nadador, asqueroso y pequeño cerdosimio de mascota que además saluda. ¡Por sólo tres dólares y noventa y cinco centavos!

-¡Más la estampilla y los gastos de envío! -le recordó Scott.

-¿Qué nombre le ponemos? -preguntó Glen.

-Bueno, no podemos llamarlo cerdosimio -dijo Scott-. Suena muy mal.

-¿Qué te parece Oinker? -sugirió Glen. Scott puso los ojos en blanco.

- Horroroso.

-¿Y Hércules?.

-Es un nombre idiota.

- Bueno, pues, ¿cómo quieres llamarlo? -preguntó Glen ligeramente irritado.

Scott meditó durante un momento.

No se le ocurría ningún nombre para un mono nadador que saludaba y comía como un cerdo. Tenía un nombre muy bueno para un perro. Pero la imbécil de su hermana era alérgica a los perros. Nunca le permitirían tener uno, así que podría utilizar el nombre para el hidrosimio.

-Mac -dijo Scott-. Lo llamaremos Mac.

En aquel momento, Kelly pasó al lado de su puerta.

¡Sí! Kelly tendría que tragarse todo lo que le había dicho a Scott sobre los hidrosimios... y lo estúpido que había sido al pedirlos.

-¡Eh, Kel! -llamó Scott, tratando de sonar simpático-. ¿Quieres ver algo interesante? Kelly asomó la cabeza por el umbral.

-Es imposible que haya algo interesante en esta habitación -respondió.

-Tan odiosa como siempre -dijo Scott para sí.

-Sí que lo hay -contestó Glen-. ¿Has visto alguna vez un cerdosimio gigante, que nada y saluda?

-Sí -dijo Kelly-. Estoy viendo uno ahora mismo.

-Vaya, Kel -se burló Glen-. ¡Eres tan graciosa como fea!

Scott vio cómo Kelly atravesaba la habitación, mirando a Glen con burla. Se inclinó sobre la pecera. Sí, incluso Kelly tendría que admitir que Mac era una de las cosas más originales del mundo.

- ¿Qué es eso? -El tono de Kelly era de aburrimiento.

-¿Un bicho imaginario?

- No -dijo Scott-. ¡Es Mac, el mono nadador gigante!

- Pues en esta pecera no está -dijo Kelly-.

¡Vaya par de idiotas! -Se dio vuelta para irse. Scott miró la pecera. No había ni rastro de Mac. -Te digo que está aquí. Si esperas un minuto, estoy seguro de que saldrá.

-No tengo tiempo de sentarme a esperar que aparezca tu amigo imaginario. -Kelly dejó escapar su chillona y horrible risa. -Tengo amigos de verdad esperándome.

Scott siguió oyendo la risa de Kelly hasta que bajó las escaleras. Volvió a mirar el agua en busca de Mac. Glen rodeó la mesa, estudiando la pe-cera desde diferentes ángulos.

Finalmente, Scott vio una pequeña burbuja de aire que se elevaba desde el cráter. Al poco rato vio otra. Pero esta última era mucho más grande y se movía mucho más deprisa.

-¡Eh, Glen! Mira eso -dijo Scott, señalándola.

Glen miró hacia el cráter.

El agua empezó a burbujear tan deprisa que parecía que estaba hirviendo.

Scott tocó la pecera con la yema del dedo para ver si estaba caliente.

No lo estaba. De hecho, estaba helada.

El cráter del fondo de la pecera empezó a vibrar y a agitarse. El pulso de Scott se aceleró. ¿Qué estaba ocurriendo? Mientras lo contemplaba, el cráter se rajó. Justo por la mitad. Y allí estaba Mac, en medio de las dos mitades rotas.

- ¡Guau! -exclamó Glen-. ¡Es Mac! ¡Fíjate en su tamaño!

-¡Ahora es tan grande como un ratoncito! -exclamó Scott.

- ¿Crees que crecerá más? -preguntó Glen.

-¿Cómo quieres que lo sepa? -respondió Scott-. Por el momento, la pecera le ha quedado pequeña. Tenemos que buscarle un recipiente más grande.

-¿Qué me dices del acuario donde tenías las tortugas? ¿Aún lo guardas?

Scott fue al armario y miró los estantes. Sí. Allí estaba. Lo sacó y lo llevó a la mesa.

Luego se tiró al suelo y se metió debajo de la cama. Sacó una bolsa con grava azul, y un cofre del tesoro, un esqueleto y una palmera, los tres de plástico.

Glen tomó la grava y la echó en el acuario. Luego colocó cuidadosamente los juguetes en ella.

-No tengas miedo -dijo Scott a Mac. Echó lentamente el agua de la pecera en el acuario.

Mac cayó a su nuevo hogar y rápidamente empezó a nadar.

-¡Eh! ¡Fantástico! -dijo Glen-. ¡Creo que le gusta!

-Vamos a buscar una jarra a la cocina -dijo Scott-. Mac necesita más agua.

Salieron de la habitación.

-En seguida volvemos, Mac -dijo Scott. Scott entró en la cocina y buscó una jarra.

-¿Sabes a qué se parece Mac? -preguntó Scott llenando la jarra de agua-. Se parece a uno de los monos de El Mago de Oz. Incluso tiene unas pequeñas alas en la espalda.

-Sí, alas acuáticas -se burló Glen.

Volvieron a toda prisa a la habitación de Scott.

Cuando llegaron a la puerta, Scott se detuvo tan repentinamente que Glen tropezó con él.

-¡Eh! ¡Ten cuidado! -protestó Glen.

Pero Scott no contestó.

Se limitó a señalar. Y a abrir la boca.

8

Scott y Glen miraron horrorizados el suelo.

Estaba lleno de grava azul. La grava que Glen había echado dentro del acuario. Y el cofrecito de plástico que con tanto cuidado había colocado en la grava estaba encima de la mesa de Scott. Miró de un lado a otro en busca de la palmera. Allí estaba... en dos trozos. Una mitad junto al armario y la otra mitad en la cama. Vio los huesos del esqueleto desparramados por todas partes.

Parecía como si alguien hubiera agarrado el acuario y lo hubiera puesto boca abajo. Sólo que...

La alfombra estaba seca y el acuario seguía sobre la mesa de Scott. Con la misma cantidad de agua que antes.

Y Mac, ahora del tamaño de una ardilla, nadaba felizmente de un lado a otro.

-¿Has sido tú? -preguntó Scott a Glen.

-¿Estás loco? -dijo Glen-. ¿Cómo iba a hacerlo? No me he separado de ti ni un momento.

- Bueno, pues alguien ha tenido que hacerlo.

-No me digas -se burló Glen.

Scott fue hacia su mesa. La grava crujió bajo sus pies.

Se inclinó y observó el acuario de cerca.

- ¡Eh! ¿Qué pasa aquí? -exclamó.

En el fondo del acuario se encontraba una de las posesiones más preciadas de Scott: un dólar de plata del año 1879. Y a su lado estaba su reloj... el que le habían regalado sus padres en su último cumpleaños. Menos mal que era sumergible. También había unos cuantos peniques, un sacapuntas, un paquete de chicles y una pelota de goma fosforescente.

-¡No puedo creerlo! -dijo Scott una y otra vez.

Mientras Scott y Glen miraban llenos de sor-presa, Mac nadó por debajo de la pelota de goma y la empujó hasta la superficie del agua. La pelota salió del acuario, rebotó en la mesa y cayó al suelo.

- ¡Guau! -dijo Glen-. Es muy fuerte. Para él tirar esa pelota es como para nosotros tirar un elefante.

-¿Crees que ha sido él quien ha hecho todo esto? -preguntó Scott, señalando los juguetes del suelo.

-¡Ni hablar! -contestó Glen-. ¡Imposible!

-Pero acabas de decir que es muy fuerte.

-Bueno, a lo mejor ha tirado todas estas cosas fuera -contestó Glen-. Pero no ha podido meter todo eso dentro. Tiene que haber otra explicación.

-¿Sí? ¿Cuál? -preguntó Scott.

-¿Kelly? -sugirió Glen.

-No. Kelly se ha ido. Estamos solos en casa. A Glen no se le ocurrió ninguna explicación. Y a Scott tampoco. Miraron fijamente el acuario.

-Sabes lo que... lo que esto quiere decir, ¿no?

-No. ¿Qué? -preguntó Glen

-¡Que Mac puede salir!9

Scott tomó el folleto de instrucciones de los hidrosimios para leerlo. ¿Era posible que los hidrosimios pudieran salir de la pecera? No lo creía.

- ¿Se refiere en alguna parte a lo que pasa cuando dos idiotas no utilizan agua destilada? -preguntó Glen.

- ¿Qué quieres decir?

- Que no tenemos forma de saber en qué se va a convertir Mac. Y todo porque se te ocurrió utilizar agua del lago Fear.

-Bueno, y qué. Mac es mucho mejor que esas pequeñas motas -insistió Scott-. Que serían lo único que habríamos conseguido si hubiéramos seguido las instrucciones al pie de la letra.

Scott miró a Mac y sus ojos se abrieron de par en par ante lo que vio.

El hidrosimio se entretenía amontonando los peniques encima del sacapuntas.

- ¡No puedo creer lo que está haciendo! -exclamó-. Pero tenemos que sacar mis cosas del acuario.

- Las sacarás tú -dijo Glen-. ¡Son tus cosas!

Scott no quería meter la mano en el agua. No sabía lo que le haría Mac. Pero quería sacar su reloj y su dólar de plata de allí. Así que no le que-daba más remedio.

Decidió agarrar primero el reloj. Mac no estaba muy cerca de él.

Scott respiró hondo y metió la mano. Agarró el reloj y lo sacó rápidamente.

Scott sonrió y agitó el reloj enfrente de Glen. Las gotas de agua salpicaron la cara de su amigo.

-Tu turno -dijo-. ¡A menos que tengas mucho miedo!

Glen se secó el agua de la cara con la manga.

-Yo no soy el que quiere las cosas, así que, ¿por qué voy a agarrarlas? -preguntó.

Scott fue a sacar el dólar de plata, esta vez mucho más tranquilo.

Sumergió la mano en el agua... ¡y recibió un mordisco!

Un dolor agudo y fuerte le recorrió los dedos cuando Mac se enganchó a ellos.

Mordiéndolos.

Mordiéndolos con su afilada dentadura.

10

-¡Socorro! ¡Me ha atrapado! -gritó Scott.

Mac le estaba clavando los dientes en la mano. Parecía como si lo estuvieran pinchando con agujas calientes. Pequeñas gotas de sangre salpica-ron su piel.

Scott agitó la mano de un lado a otro. Con furia. Tratando de librarse de Mac. Pero lo único que consiguió fue que Mac le clavara los dientes más profundamente.

El mono se deslizó bajo la manga de su suéter. Scott pudo sentir cómo subía por su brazo. Moviéndose. Dejando un rastro abrasador por donde pasaba.

-¡Socorro! ¡Sácalo de aquí! ¡Sácalo de aquí! -Scott saltaba arriba y abajo, golpeando a Mac a través del suéter.

-¡Me está quemando!

-¿Qué te pasa? -preguntó Glen.

-¡Mac! -gritó Scott-. ¡Está debajo de mi manga!

-¿Debajo de tu manga? -preguntó Glen con incredulidad-. ¡Fantástico!

-¡Sácalo de aquí! -chilló Scott.

-Quítate el suéter -respondió Glen.

Scott se lo quitó por la cabeza.

Miró su brazo.

Mac no estaba.

Se imaginó que estaría dentro del suéter. Pero se equivocaba.

-No te muevas -le dijo Glen. Miraba una mancha que había en el pecho de Scott.

Scott miró hacia abajo y vio a Mac colgado de su camiseta. Y lo miraba fijamente a los ojos.

-¡Aléjalo de mí!

Glen se acercó. Pero sólo para ver mejor.

-Estupendo -dijo Glen observando a Mac desde detrás de la espalda de Scott-. ¡Oh! Vaya, me está sonriendo.

"Esto sí que no me lo esperaba -continuó.

-Qué dientes tan afilados. Seguro que pueden hacer mucho daño. No pienso tocarlo.

Scott no podía soportar un minuto más tener a Mac pegado a su cuerpo. Era como tener un insecto siniestro... una tarántula o algo así.

Acercó su mano al hidrosimio. Mac observaba atentamente pero permanecía quieto.

Cuando el dedo de Scott finalmente lo tocó, se sorprendió de la sensación. La piel de Mac era igual que la de cualquier otro animal. Aunque estaba mojada y arrugada por el agua, era muy suave. Scott habría jurado que, de estar seca, se-ría incluso esponjosa.

De repente, a Scott ya no le dio tanto asco. Acarició con el dedo la espalda de Mac. Y a Mac pare-ció gustarle. Se apoyó en el dedo de Scott y se restregó contra él, haciendo ruidos chirriantes.

-Déjame acariciarlo -dijo Glen.

-Sí, claro. Ahora sí que quieres tocarlo. Scott vio cómo Glen acariciaba a Mac.

-Es una monada -admitió Glen-. Nunca pensé que conseguiríamos algo así cuando hicimos el pedido.

- Creías que no conseguiríamos nada en absoluto -le recordó Scott.

- ¿Estás seguro de que estará bien fuera del agua? -Glen cambió de tema.

Scott se encogió de hombros.

- Parece que sí. Además, no lo hemos sacado nosotros. Ha salido él solo. -Scott se agachó lentamente con Mac todavía colgado de su camiseta. Continuó acariciándolo.

Glen se sentó enfrente. Mac saltó de la camiseta de Scott y se puso en medio de los dos amigos.

"¿Qué va a hacer ahora?", pensó Scott. Pero lo único que Mac hizo fue mirar a uno y a otro, como si estuviera esperando que hicieran algo.

-A lo mejor quiere jugar -sugirió Glen.

-¿A qué se puede jugar con un hidrosim...? -Antes de terminar de hablar, Scott tuvo una idea.

Acababa de ver la pelota fosforescente que Mac había conseguido sacar del acuario. La levantó del suelo y se la echó rodando a Mac.

La pelota se detuvo justo enfrente de Mac. Mac la observó un segundo. Luego miró a Scott. E hizo lo que Scott esperaba que hiciera... agarró la pelota y se la devolvió.

Scott no fue lo suficientemente rápido para agarrarla. La pelota le golpeó en el pecho y cayó al suelo.

- No puedo creer que sea tan fuerte.

-Sí -dijo Scott, frotándose el pecho-. ¡Me ha hecho daño!

- Fue un accidente -adujo Glen en defensa de Mac.

-Ya lo sé -dijo Scott-. Pero de todas formas, hace daño.

Glen fue por la pelota y la tiró rodando hacia Mac. Mac la atrapó y se la devolvió a Glen.

- ¡Es fantástico! -exclamó Scott.

A Mac parecía gustarle jugar a la pelota. A veces se la tiraba directamente a Scott o a Glen. Otras la tiraba por encima de ellos para que tu-vieran que ir a buscarla. Pero cuando

Scott o Glen trataban de hacerle lo mismo, Mac se negaba. Se sentaba y esperaba que la trajera uno de los dos.

-¡Eh! ¿No te parece que Mac está encogiendo? -preguntó Scott recogiendo la pelota.

-Sí. Creo que sí. Parece más pequeño... y aburrido.

Scott tiró la pelota a Mac.

Pero Mac no le hizo caso. Se arrastró lentamente hasta la mesa de Scott y, como si fuera un reptil, trepó por la mesa y se metió en el acuario.

Scott lo observó flotando en el agua.

-¡Mira! -le dijo a Glen-. Está empezando a hincharse otra vez. Me parece que no puede estar mucho rato fuera del agua. Se agota.

-Deberíamos dejarlo descansar -sugirió Glen tomando su chaqueta-. ¿Por qué no vamos al centro comercial a jugar con el nuevo videojuego?

Scott sacó su chaqueta de la cama.

-¿Por qué quieres hacerlo? Sueñas con ese videojuego. No creo que sea muy bueno para ti.

-El único que sueña aquí eres tú -contestó Glen, dirigiéndose a la puerta.

-Pero si te estrellas en el momento en que pisas el pedal -dijo Scott. Miró la habitación buscando su gorra de béisbol. Estaba colgada de su silla, cerca del acuario de Mac. La tomó y se la puso en la cabeza.

-Pues la única razón por la que tú no te estrellas en seguida es porque no pasas de los diez kilómetros por hora -replicó Glen cuando bajaban las escaleras-. ¡Quien llegue antes a la parada del ómnibus será el primero en jugar! -gritó Glen. Atravesó la puerta delante de Scott y echó a correr por la calle.

-La única manera de que me ganes es haciendo trampas -dijo Scott, corriendo detrás de él. Luego se detuvo.

-¡Espera! El acuario de Mac no tiene tapa. Tenemos que volver y taparlo con alguna cosa.

Glen dio media vuelta y siguió corriendo de espaldas hacia la parada del ómnibus.

-No te preocupes -dijo-. Mac está descansando. ¿Qué podría pasar?

11

-¡Cuidado! -gritó Glen-. ¡Te vas a estrellar!

Pero era demasiado tarde. Scott ya había perdido el control del coche del videojuego. Cerró los ojos en el momento en que estaba a punto de estrellarse contra la pared. El sonido del choque retumbó a su alrededor.

Thunder Race era el mejor videojuego de la sala. Los asientos del coche se balanceaban como si realmente estuvieran participando en una carrera. La pantalla de vídeo era gigante. Y los altavoces hacían que todo sonara real.

-Dame otro cuarto de dólar -dijo Scott a Glen. Lo estaba pasando tan bien que casi se había olvidado de Mac.

Casi.

No podía dejar de preguntarse si no deberían haber utilizado agua destilada para criar a los hidrosimios. Tenía miedo de que el agua del lago

Fear hubiera hecho que Mac creciera... de manera extraña.

-Ni hablar -se negó Glen-. Es mi turno.

-Vamos -suplicó Scott, negándose a abandonar el asiento del conductor-. Yo te he dejado jugar dos veces.

- Sí, pero es mi último cuarto de dólar -dijo Glen-. ¡Y me toca a mí!

- Si tú has jugado dos veces en un turno, yo también tengo que jugar dos veces en un turno -insistió Scott.

Buscó en los bolsillos de los pantalones en busca de cambio. Nada. Revisó los de su chaqueta.

Pero, en lugar de cambio, Scott encontró otra cosa. Algo que no había puesto allí.

Y fuera lo que fuese, no era parte de su chaqueta. Era húmedo y repugnante, como un pañuelo de papel lleno de mocos.

¡Y se movía!

- ¡Aaaaah! -gritó Scott, sacando la mano del bolsillo.

-¿Qué te pasa? -preguntó Glen, atónito.

Pero no tuvo que esperar una respuesta.

¡Mac saltó del bolsillo de Scott y aterrizó en el volante!

Scott abrió la boca de par en par.

- ¡Eh! ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Era un poco más pequeño... pero llevaban una hora jugando. Scott suponía que Mac había encogido por la falta de agua.

Scott se inclinó para agarrar a Mac. Pero el mono era muy rápido. Se metió en el agujero por el que salía el cambio de moneda.

- ¡Oh, oh! -exclamó Glen-. ¿Cómo vamos a sacarlo de ahí?

-No lo sé -gruñó Scott, mirando por el agujero.

-Déjame probar una cosa -dijo Glen y apretó el botón de devolver el cambio.

Mac no salió. Pero salió un cuarto de dólar.

-Fantástico -dijo Glen, estirando la mano para tomar la moneda. Antes de que pudiera agarrarla, salió otra.

Y otra.

Y otra.

Las monedas empezaron a caerse de la máquina.

-¡Oh, no! -gimió Scott, tratando de empujar las monedas hacia adentro de nuevo-. Me pare-ce que Mac ha roto la máquina.

Glen apartó las manos de Scott para que pudieran seguir saliendo monedas.

-Y, ¿cuál es el problema? ¡Es estupendo! -exclamó Glen agarrando un puñado de mone-das.

- ¡Eh, ustedes! -gritó una voz amenazadora y profunda-. ¿Qué están haciendo?

Scott y Glen se dieron media vuelta.

- ¡Vaya! Es el encargado... Bruno el Gigante -susurró Scott-. Y viene hacia nosotros.

12

-Tenemos que salir de aquí! -dijo Scott.

El encargado avanzaba entre los grupos de chicos. Acercándose cada vez más.

-¿Y qué hacemos con Mac? -preguntó Glen. -¡No podemos dejarlo ahí!

Como si lo hubiera oído, el hidrosimio salió del agujero tan deprisa como había entrado.

-Ahí está -dijo Scott al verlo. Se inclinó a agarrarlo pero Mac fue más rápido que él. Saltó desde el agujero al suelo. Luego se escurrió por un lado de la máquina.

Scott y Glen se abalanzaron sobre él. Scott miró por encima de su hombro... y dejó escapar un largo suspiro de alivio. El encargado no iba tras ellos. Estaba demasiado ocupado recogiendo las monedas que habían dejado atrás.

Esas eran las buenas noticias. Las malas eran que Mac se había perdido en un mar de zapatillas. De zapatillas que enfundaban pies de chicos que estaban jugando, chillando, gritando y saltando. Saltando de un lado a otro. Pateando el suelo. Era milagroso que no pisaran a Mac mientras éste se movía entre ellos.

Nadie parecía darse cuenta de la presencia de Mac, que zigzagueaba entre los grupos.

-¡Cuidado! -gritó Scott cuando un chico alto, gordo y musculoso casi saltó encima de Mac. Mac esquivó la zapatilla y escapó. Pero Scott tropezó con el chico.

-¡Cuidado! -gruñó éste, dándole un fuerte empujón a Scott.

Scott aterrizó en Glen y los dos cayeron al suelo. Cuando se pusieron de pie, habían perdido de vista a Mac.

-¡Oh, no! -gimió Scott-. ¿Dónde está?

-No lo veo por ninguna parte -dijo Glen.

De repente, una máquina del millón que había al lado de Scott empezó a jugar... sola.

Las bolas se movían por su cuenta.

Las luces se encendían y apagaban.

Los timbres sonaban.

Las alarmas también.

Scott tuvo la sensación de que sabía exactamente dónde estaba Mac.

Y juraría que Glen estaba pensando lo mismo. Este se inclinó y miró por el agujero del cambio de moneda.

-¿Ves algo? -preguntó Scott. Las bolas cada vez se movían más deprisa en la máquina. Rebotando de un lugar a otro. Desapareciendo por agujeros secretos y reapareciendo por otros. Cada vez sonaban más alarmas y había más bolas moviéndose por la máquina, que se agitaba locamente. ¡Parecía a punto de explotar!

Glen trató de mirar por el agujero de las monedas, pero la máquina no dejaba de moverse. Un grupo de chicos se había acercado a mirar cuan-do empezó a salir humo de la máquina.

-¡Va a explotar! -gritó uno de los chicos.

De repente, todas las luces de la máquina del millón se apagaron. Las bolas se detuvieron. Las alarmas y los timbres dejaron de sonar. Y, en aquel momento, Mac saltó al suelo.

Cuando Scott fue a atraparlo, una manaza peluda lo agarró por el hombro. Era Bruno el Gigante.

-¿Qué pasa aquí? -preguntó. Miró al suelo y vio a Mac. Las uñas del mono se habían clavado en el suelo de madera y estaba forcejeando para liberarse.

Bruno el Gigante bizqueó. Scott habría jurado que no tenía ni idea de lo que estaba viendo.

Bruno levantó la cara y la puso frente a la de Scott. Su aliento caliente y pegajoso llenó la nariz de Scott cuando gruñó:

-No se permite entrar con animales domésticos. Entonces levantó su enorme pie.

Scott miró a Mac. Seguía forcejeando y agitándose. Tratando de librarse de los tablones de madera.

Scott miró horrorizado cómo Bruno bajaba el pie. Hacia abajo.

Hacia Mac.

Para dejarlo clavado al suelo... eternamente.

13

Scott se abalanzó sobre Bruno el Gigante.

El encargado dio un paso atrás para tratar de recuperar el equilibrio.

Rápidamente, Glen agarró a Mac y lo arrancó del suelo.

- ¡Lo tengo! -gritó a Scott. Metió a Mac en el bolsillo de su chaqueta y los dos amigos salieron corriendo.

Cuando salían del salón de videojuegos, oye-ron el ruido que hacía Bruno al caer al suelo.

- ¡Me parece que no vamos a poder volver por aquí! -gritó Scott mientras corrían hacia la parada del ómnibus.

-Puedes estar seguro -replicó Glen, jadeando.

Scott no dejó de temblar durante todo el camino en ómnibus a casa. No tenía muchas ganas de hablar, y parecía que Glen tampoco.

-¿Qué vamos a hacer con Mac? -preguntó Scott finalmente cuando estuvieron a salvo en su habitación.

-¿Qué podemos hacer? -Glen se encogió de hombros.

-Creo que estamos unidos a él.

-Bueno, de ahora en adelante se quedará en su acuario -dijo Scott con firmeza-. Y tenemos que buscar enseguida una tapa.

Glen buscó en su bolsillo y sacó a Mac.

-¿Qué le ha pasado? -exclamó Glen-. ¡Está horroroso!

Realmente lo estaba. Estaba encogido y total-mente arrugado... como una ciruela seca. Había disminuido hasta tener el tamaño de un pequeño bichejo.

Scott lo miró a la cara. Tenía los ojos hundidos. Y sus labios estaban cuarteados y tan encorvados que se le juntaban la mandíbula de arriba y la de abajo. Parecía una esponja seca con diminutos colmillos.

Su pequeño pecho se movía arriba y abajo. Es-taba jadeando. Buscaba aire. Scott sintió pena por él. Se lo quitó a Glen y lo sumergió con delicadeza en el acuario.

En el momento en que Mac entró en el agua, sucedió.

Mac empezó a cambiar.

A convertirse en algo que ni siquiera los chicos que vivían en Fear Street podían imaginar.

14

-¡Nooo! -gritó Glen.

Scott casi derribó el acuario cuando saltó hacia atrás.

-No puede ser! -dijo.

Mac se estaba transformando.

Estaba volviéndose más oscuro. Su pelo crecía; cada vez era más espeso y más largo.

Los brazos empezaron a inflarse y a fortalecerse. También sus patas palpitaban mientras crecían.

Incluso las alitas que tenía en la espalda se ensancharon. Cada vez se parecían más a las alas de los monos de El Mago de Oz.

Cuando Mac dejó de crecer, era más grande que una ardilla. Mucho más grande. Ahora tenía el tamaño de un conejo.

-¿Qué pasará si sigue creciendo? –preguntó Glen-. ¿Y si crece tanto como un mono de ver-dad? ¿O como un gorila?

- No pasará nada parecido -dijo Scott, tratando de convencerse a sí mismo tanto como a Glen-. Pero déjame decirte algo. No quiero tenerlo moviéndose a sus anchas por mi habitación.

- No te culpo -replicó Glen.

Scott tomó un gran diccionario de la estantería y lo puso encima del acuario. Lo deslizó un poco, dejando una ranura para que entrara el aire.

- Esto le impedirá salir -dijo.

-¡Oh, oh! -dijo Glen.

- ¿Qué? -Scott lanzó una temerosa mirada a Mac.

- ¡Mira qué hora es! -dijo Glen-. Si no me voy a casa enseguida, mi madre me matará. -Se dirigió hacia la puerta.

Scott lo siguió escaleras abajo. Al llegar al vestíbulo, vieron a Kelly. Se contoneaba por el salón con un vestido rosa como si fuera una modelo o algo parecido.

-Mi madre le está haciendo un vestido para ese estúpido baile de la escuela al que va a ir -susurró Scott a Glen.

Su madre no había hablado de otra cosa últimamente. El primer baile de Kelly. El primer baile de Kelly. Su madre siempre armaba mucho barullo con el primer cualquier cosa. Como con su primera carrera en el béisbol. "Pero aquella vez estuvo justificado", pensó Scott. "Aquello sí fue importante."

-Como si alguien fuera a bailar con ella -dijo Glen, interrumpiendo sus pensamientos.

- Sí, desde luego.

-Hasta luego, señora Adams -dijo Glen a la madre de Scott cuando salía.

-Ten cuidado. -No levantó la vista. Estaba tratando de hacerle el dobladillo al vestido de Kelly, que no se quedaba quieta.

-Quédate quieta, Kelly -ordenó.

Kelly dejó de agitarse y empezó a darle vueltas a su largo cabello rubio, haciéndose un rodete.

-¿Cómo crees que debo peinarme? ¿Así, mamá? ¿O así? -preguntó colocándose el pelo de otra forma.

-Creo que deberías llevarlo suelto. Tienes un cabello precioso. Sería una pena que no lo lucieras -dijo su madre.

- Esto es vomitivo -murmuró Scott atravesando el salón.

-¡Cállate! -respondió Kelly-. No eres más que un inmaduro y despreciable enano.

Inmaduro. Era el insulto que más aborrecía en labios de Kelly. Ella sólo tenía un año más. Un piojoso año más. Pero siempre lo trataba como si fuera una mujer hecha y derecha y él, un niño de pecho.

-¡Bruja! -le dijo.

-Scott -dijo su madre-. ¡Ya basta! -Pinchó otro alfiler en el vestido.

-Ya está. He terminado. Sube a tu habitación y cámbiate -ordenó a Kelly.

- Siempre te pones de su parte -protestó Scott.

Por un momento, pareció que su madre iba a explotar. Pero no lo hizo.

- Mira -dijo con calma-. Ya sé que última-mente le estoy haciendo más caso a Kelly. Pero este baile es muy importante para ella. Y si no lleva el vestido que ha visto en el centro comercial, nos hará la vida imposible a todos.

Era la verdad. Kelly había arrastrado a su madre al centro un millón de veces para buscar el vestido perfecto. Y, finalmente, lo había encontrado. Pero su madre se negó a comprarlo. Dijo que costaba tanto como un coche nuevo. Así que decidió hacérselo ella misma.

El reloj del horno de la cocina empezó a sonar.

- El horno -dijo su madre levantándose del sofá-. Casi me había olvidado de la cena. -Se fue a la cocina.

Scott subió las escaleras de dos en dos... antes de que su madre tuviera oportunidad de decirle que pusiera la mesa o hiciera alguna otra cosa.

-Kelly piensa que es fantástica porque va a asistir a un estúpido baile. Con un estúpido vestido -murmuró entrando en su habitación.

Se puso enfrente del espejo de su armario y empezó a imitar a Kelly, utilizando el mejor tono de mocoso de su repertorio.

-¿Cómo debería peinarme? -Scott trató de hacerse un rodete como el que había visto hacer a Kelly.

-¿Así? -Se hizo muecas a sí mismo ante el espejo.

-¿O así?

Habría seguido quejándose, pero algo que vio en el espejo le llamó la atención. Algo que le recordó que tenía problemas más importantes que Kelly.

El diccionario que había puesto sobre el acuario había desaparecido.

15

Scott recorrió la habitación con la mirada. Allí estaba.

El diccionario.

Abierto por la mitad y con las hojas arrugadas. En el suelo.

Scott lo recogió y volvió a colocarlo sobre el acuario.

-No puedo creerlo -murmuró.

Buscó el volumen más grande de su enciclopedia y lo puso encima del diccionario. Dejó una abertura aún más pequeña para que corriera el aire.

Mac tendría que ser un mago para conseguir salir ahora.

Scott fue hacia la cama de espaldas. No quería apartar los ojos del hidrosimio ni un instante. Se apoyó en la cabecera de la cama y observó a

Mac. Cuando su madre lo llamó para cenar, le dijo que no se encontraba bien. Que tenía el estómago revuelto. No podía abandonar la habitación... por lo menos hasta estar seguro de que Mac no escaparía.

Scott decidió estar despierto toda la noche y comprobar que Mac seguía en el acuario cada quince minutos. Aunque tuviera que usar palillos para mantener los ojos abiertos.

Cada vez que Scott se levantaba a mirar el acuario, Mac lo saludaba. El hidrosimio parecía inofensivo, pero Scott no pensaba correr ningún riesgo.

Miró el reloj de la mesita. Eran las doce menos cuarto. A medianoche volvería a levantarse para mirar a Mac. Pero tenía mucho sueño. Cada vez más.

No se sentía muy seguro a solas con el hidrosimio. Recordó los problemas que habían tenido con Mac en el salón recreativo. Había sido un episodio muy raro. Luego recordó lo repentina-mente que le había crecido el pelo... y cómo había aumentado el doble de su tamaño frente a sus ojos. Aquello sí que había sido extraño.

Cuando volvió a mirar el reloj, hacía rato que había pasado la medianoche. "Me he dormido", pensó incorporándose de golpe. Pero no miró si estaba Mac. Ni siquiera se fijó en el acuario.

Scott se vistió y salió de casa. En dirección al lago Fear. No quería ir. Pero no podía detenerse. Era como si el lago lo llamara, como si controlara sus movimientos, sus pensamientos...

Atravesó el bosque como si estuviera en trance. Estaba muy oscuro. Y silencioso. Totalmente silencioso.

"Este bosque es muy siniestro", pensó. "Nadie debería estar aquí. A medianoche. Solo."

Intentó darse vuelta. Pero todos los senderos le resultaban desconocidos. Y todos llevaban al mismo sitio. Al lago Fear.

-¡Tú tienes el poder de crear vida! -Las palabras resonaban en la oscuridad y Scott se des-cubría acercándose cada vez más al lago.

¿Se estaba imaginando que oía voces? ¿O sería el eco de sus pensamientos? Scott no podía asegurarlo. Pero sí estaba seguro de una cosa: de que no tenía el poder de dar media vuelta. Algo lo obligaba a seguir avanzando.

De repente, el cielo se iluminó con un relámpago. Y los truenos retumbaron a su alrededor.

-¡Tú tienes el poder de crear vida! -volvió a oír. Pero esta vez en un tono mucho más alto. Y parecía venir... del lago.

Scott dio media vuelta. Para volver a casa. Pero una fuerza invisible lo obligó a girar de nuevo. Lo obligaba a continuar. Sintió como si alguien... o algo... lo empujara por detrás.

-¡Para! -gritó Scott-. ¡Para! -Pero cuanto más gritaba, con más fuerza lo empujaban hacia el lago.

Más deprisa. Más deprisa. Estaba seguro de que iba en línea recta hacia el agua oscura.

Sin embargo, en el momento en que llegó a la orilla del lago, la fuerza dejó de empujarlo.

Scott permaneció inmóvil, tratando de recuperar el aliento. Se fijó en el agua del lago Fear. Bullía y burbujeaba... igual que había bullido y burbujeado en la pecera de Mac.

Entonces sucedió.

Un enorme monstruo emergió del agua turbia justo enfrente de Scott.

Scott pensó en cerrar los ojos. Cerrarlos con tan-ta fuerza que no pudiera mirar al monstruo. Pero tenía miedo de que, si lo hacía, el monstruo lo atrapara y lo sumergiera en el agua. En el agua del mal.

Así que se obligó a mirar a la criatura. El corazón casi se le salió del pecho... ¡el monstruo era igual que Mac! ¡Era Mac! Pero peor.

Era oscuro, peludo y gigantesco, con unas alas enormes en la espalda. Su dentadura era

afila-da... tan afilada como la de un tiburón.

Scott oyó gritos en la lejanía. La voz le resultaba familiar. Ojalá fuera alguien que viniera a rescatarlo.

Mac se inclinó y agarró a Scott por el cuello con una enorme, viscosa y peluda garra. Levantó a Scott dos metros por encima del suelo.

Scott trató de librarse del abrazo. Imposible. Aquel Mac monstruo era más fuerte que una docena de levantadores de pesas.

Scott abrió la boca para gritar, pero el monstruo le tapó la boca con su manaza libre, y casi le arrancó la cabeza.

Los gritos subieron de volumen.

Se acercaban.

Pero, aunque alguien tratara de salvarlo, era demasiado tarde.

Scott sabía que era imposible que alguien lo salvara.

Era imposible que escapara de Mac.

16

De repente, Mac abrió la garra.

Scott se golpeó contra el suelo. Los ojos casi se le salieron de las órbitas. Tardó un minuto en dar-se cuenta de que no estaba sentado en el barro del lago Fear. Estaba en el suelo. En el suelo de su habitación. Se había caído de la cama.

Sólo había sido un sueño. Una pesadilla. Cerró los ojos. Pero los abrió otra vez cuando oyó el grito.

El terrible grito.

Los gritos de Kelly... los gritos que había oído en el sueño. Pero ya no estaba soñando.

Vio a sus padres pasar por delante de su habitación.

-¿Qué pasa'? -preguntó.

-No lo sé -contestó su madre sin detenerse. Scott se puso de pie. Pero en el momento en que iba a salir corriendo, vio algo terrible. Y deseó estar todavía soñando. El diccionario y la enciclopedia estaban en el suelo.

"Por favor, por favor, que Mac no haya escapado", suplicó aproximándose lentamente al acuario.

Pero Mac se había ido.

Scott se precipitó fuera de la habitación y bajó al vestíbulo. Cuando llegó a la puerta de la habitación de Kelly, casi esperaba ver a un Mac de dos metros de alto inclinado sobre ella. Scott no vio a Mac. Pero estaba seguro de que era el responsable de lo que sí vio.

Kelly estaba sentada en la cama. Su largo cabello rubio colgaba sobre su cara con miles de pequeños nudos. Scott sólo veía la punta de la nariz de Kelly.

- ¿Cómo ha podido ocurrir esto? -preguntó el padre de Scott, tratando de desatar algunos nudos.

- No lo sé! -contestó Kelly, histérica-. ¡Cuando desperté, ya estaba así!

Scott sabía que tenía que encontrar a Mac antes de que lo hiciera su familia. Miró atentamente la habitación de Kelly, el suelo, las cortinas, la mesa. Descubrió a Mac asomando por debajo de la almohada de Kelly.

Scott se deslizó entre sus padres y se sentó en la cama de su hermana, delante de Mac. Para taparlo.

-¡Oooooh! -gimió Kelly-. ¡Me haces daño!

-Siento decírtelo, Kel -dijo su madre con suavidad-. Creo que tendrás que cortarte el pelo.

-¡Noooo! -gritó Kelly rompiendo a llorar.

Scott también quería gritar... cuando vio a Mac aplaudiendo alegremente. El pequeño mono saltó de la cama y echó a correr por el suelo... a la vista de todos.

-Sería mejor que bajaran a la cocina y le pusieran manteca de maní en el pelo -sugirió Scott. Tenía que conseguir que salieran de allí... enseguida.

Kelly lloró con más fuerza y su madre frunció el entrecejo.

-De verdad -dijo Scott-. Una vez que a Glen le cayó pegamento en el pelo, su madre se lo quitó así.

Nadie se molestó en contestar. Mac estaba entre los pies desnudos de Kelly, sonriendo a Scott.

-Te prometo que volverá a crecer -dijo su madre para consolarla.

Scott agarró un muñeco de peluche de la cama de Kelly y se lo tiró a Mac. Falló. Mac lo saludó con la mano.

-¡Deja en paz mis muñecos! -dijo Kelly.

El padre de Scott le lanzó una mirada asesina.

-Ni siquiera puedo imaginar cómo ha pasado algo parecido -dijo el padre de Scott para romper el silencio-. ¿Qué estabas haciendo? ¿Estabas librando un combate de boxeo en sueños? -preguntó. Trataba de hacer sonreír a Kelly. No funcionó.

Scott lanzó un respingo cuando Mac se dirigió contoneándose hacia la pierna del pijama de su padre.

-¿Qué? -preguntó su padre.

-Nada -mintió Scott viendo cómo Mac se acercaba cada vez más a su padre-. Me cuesta creer que Kelly tenga que cortarse el pelo, eso es todo.

-¡Muérete! -gritó Kelly empujando a Scott. Era su oportunidad. Su única oportunidad. Scott cayó al suelo. Se tumbó al lado de los pies de su padre y estiró la mano para atrapar a Mac.

Su mirada se cruzó con la del mono.

Scott habría jurado que Mac le guiñó un ojo. Luego escapó hacia la pared y se deslizó por el respiradero.

"¡Oh, no!", pensó Scott. "Mac está suelto dentro de la casa... y no sé qué se le ocurrirá hacer ahora."

¡Estaba fuera de control!

17

-¡Está suelto en mi casa! -dijo Scott a Glen por enésima vez-. ¡Tenemos que sacarlo de allí!

Scott giró con la bicicleta por el sendero de su casa y se dirigió al garaje. Glen lo seguía de cerca.

Durante todo el día, Scott no había dejado de hacerse la misma pregunta: ¿qué estaría haciendo Mac en aquel momento?

-No puedo creer que no le hayas hablado a tu madre de Mac -dijo Glen bajando de la bicicleta.

-¿Sabes la cantidad de problemas que tendría si llegara a enterarse de su existencia?

-Sí -asintió Glen-. Pero, ¿y si ha visto a Mac merodeando por la casa? ¿Y si ha hecho alguna otra barbaridad? Piensa en lo furiosa que se pondrá. ¿Qué le dirás entonces?

-Nos haremos los tontos -dijo Scott-. Si ha pasado algo malo, déjame hablar a mí. Empezaremos por buscar a Mac en la salita. Es adonde va a parar el respiradero de la habitación de Kelly.

Scott giró el picaporte de la salita. Vaciló. "Bueno", pensó. "Estoy preparado... para lo que venga."

Pero no estaba preparado para lo que vio cuan-do abrió la puerta.

Kelly estaba en la salita. Nunca la había visto con el pelo tan corto. Era casi tan corto como el suyo.

- ¿No le queda bien este peinado? -preguntó su madre con un tono de voz que indicaba que la única respuesta posible era "sí".

Pero Scott no podía hablar.

Glen contestó por él.

- Es un peinado precioso, Kelly.

- Sí, Kel, es precioso -repitió Scott.

Las respuestas parecieron dejar satisfecha a su madre.

-¿Lo ves? -le dijo a Kelly-. ¿No te lo dije? Kelly y yo vamos a salir un rato -le dijo a Scott. -Tenemos que ir a comprar más tela para su vestido. No tardaremos mucho. Pórtense bien hasta que vuelva. -Siempre hacía la misma recomendación al salir de casa.

-Bueno -dijo Scott. Estaba impaciente porque se fuera. Necesitaba tiempo para buscar a Mac. Al abrir la puerta, la madre de Scott vaciló.

- Parece que va a llover -dijo-. Quizá sería mejor que no saliéramos ahora.

-Mamá -gimió Kelly-. Tenemos que ir. Por fa...

-Está bien -accedió su madre.

Kelly se volvió hacia ellos desde el vestíbulo.

-Mi vestido está en el sofá -dijo-. No se les ocurra tocarlo mientras estemos fuera. Dicho esto, cerró de un portazo.

Glen fue al sofá y tocó el vestido.

-Ya lo he tocado -dijo.

-Parece que mi madre no sabe nada de Mac -comentó Scott con alivio.

-Si tienes suerte, nunca lo sabrá -dijo Glen-. Al menos no ha hecho nada malo desde esta mañana.

-Tardarán aproximadamente una hora en volver. Tenemos que encontrarlo antes. -Scott salió de la salita. -Empezaremos por mi habitación.

Cuando pasaban al lado de la cocina, Scott oyó un ruido. Un ruido fuerte, un crujido. Glen también lo oyó.

-¿Qué ha sido eso? -preguntó Glen.

-No lo sé. -Scott entró lentamente en la cocina. El ruido venía de uno de los armarios. Crash, crash, crash.

-¿Qué ha sido eso? -repitió Glen.

-Sólo hay una forma de averiguarlo -respondió Scott. Se inclinó y agarró la manija del armario. En realidad, no quería abrirlo.

Sabía que le esperaban problemas detrás de aquella puerta. Problemas que empezaban con la letra "M".

Pero no tenía elección.

Tenía que abrir la puerta.

18

Scott abrió lentamente la puerta del armario. Y Mac cayó... junto con una lluvia de cereales, fideos, habas, azúcar y harina.

-¡Mira lo que ha hecho! -exclamó Scott.

Todas las cajas del armario estaban desgarra-das y hechas jirones. Y un montón de comida mordisqueada llenaba el armario: galletas, fideos, cereales (los favoritos de Kelly), habas, bizcochos y papas fritas.

-Ha abierto todas las cajas y lo ha probado todo -dijo Glen-. Menos las ciruelas.

Era cierto. La caja de ciruelas estaba intacta en su estante.

Scott recorrió la cocina con la vista.

La comida se había desparramado por la mesada y por el suelo.

Y allí estaba Mac, en medio de todo. Cubierto de harina. Parecía el Abominable Hombre de las Nieves.

Mientras se movía entre las migajas, picoteando algún que otro trozo de bizcocho, pequeñas nubes de harina se elevaban de su cuerpo peludo.

-¡A mi madre le va a dar algo cuando vea todo esto!

-No te preocupes -le dijo Glen-. Lo limpia-remos antes de que vuelva.

Scott esperaba que les diera tiempo a hacerlo. Pero primero tenía que buscar la forma de tener a Mac bajo control. Y no tenía mucho tiempo para pensar.

Sólo podía hacer una cosa. Tenía que sujetar a Mac pronto y buscar un lugar para meterlo. Algo que pudiera tapar.

Scott sabía que tenía que actuar con rapidez. No podía darle tiempo a Mac para que escapara otra vez. Así que, sin avisar, Scott se abalanzó sobre Mac, resbalando entre la harina y el arroz.

Pero, como de costumbre, Mac fue más rápido que él. De hecho, fue tan rápido que Scott tardó un momento en darse cuenta de que no lo tenía entre sus manos.

-¡Atrápalo, Glen! -gritó cuando Mac atravesó corriendo el suelo de la cocina.

Glen se tiró sobre Mac. Pero también fue más rápido que él. Lo esquivó. Glen resbaló con la harina y frenó contra la pata de la mesa. Con la cabeza.

-¡Aaaayyyy! -se quejó-. ¡Creo que me he roto la cabeza!

-No te has roto nada -gruñó Scott.

- Pues me siento como si me la hubiera roto -contestó Glen frotándose la frente-. Me duele mucho.

- Si no atrapamos a Mac y limpiamos la cocina antes de que llegue mi madre, te va a doler aún más -dijo Scott ayudando a Glen a levantarse-. Porque nos va a estar gritando hasta que le revienten los pulmones.

Glen salió a toda prisa de la cocina.

-Vamos -gritó-. Si Mac ha ido en línea recta, estará en el despacho de tu padre.

Scott casi se desmayó al ver el despacho de su padre. Glen tenía razón. Mac estaba en el despacho de su padre. O al menos había estado.

El suelo estaba cubierto de papeles, carpetas y libros. El viejo tintero que su padre tenía encima de la mesa estaba volcado y la tinta goteaba des-de el cartapacio de cuero de fantasía de su padre.

-Tu madre no será la única que grite hasta que le revienten los pulmones -dijo Glen mientras ambos contemplaban el desastre.

-Dímelo a mí. -Scott estaba abatido. Sabía que no había forma humana de limpiar el despacho de su padre y la cocina antes de que su madre volviera.

-¿Qué... qué vamos a hacer? -dijo Glen.

-Primero tenemos que encontrar a Mac -respondió Scott-. Y será mejor que lo encontremos pronto... antes de que destroce toda la casa.

Scott salió al pasillo, seguido por Glen. Si Mac seguía moviéndose en línea recta, habría ido a parar a la única habitación prohibida para todos... el comedor.

-¡Deprisa! -dijo Scott a Glen. La vajilla de porcelana y la cristalería de su madre estaban en el comedor. Y si algo les pasaba a sus "tesoros", su madre lo mataría. Así de sencillo.

Scott entró en el comedor y miró alrededor con frenesí.

Le llevó un minuto darse cuenta de que todo estaba en orden.

No había nada roto.

Mac no había estado en la habitación.

-Al menos no ha estado aquí -dijo Scott increíblemente aliviado.

Pero no por mucho rato.

Cuando salió del comedor y se dirigió a la salita, vio algo tan horripilante que deseó que Mac hubiera roto la cara cristalería de su madre.

Un montón de cristales rotos habría sido más fácil de perdonar por su madre.

19

El vestido de Kelly. El vestido del baile.

El vestido en el que la madre de Scott había estado trabajando durante semanas... estaba des-trozado.

Scott se tapó la cara. No podía soportar ver lo que había hecho Mac.

Las dos mangas estaban rasgadas. Una de ellas estaba en el suelo, hecha jirones. La otra, sujeta con alfileres al respaldo del sofá. Había lentejuelas doradas desparramadas por toda la habitación. Pero en el vestido de Kelly no había ni una.

¡A su madre le había llevado varios días coserlas una por una!

Y, lo peor de todo, casi toda la tela estaba cubierta de unas horribles manchas. Manchas que parecían haber sido hechas con un marcador negro.

-¡Tu madre se va a poner como una fiera cuan-do vea esto! -dijo Glen.

- Sí. -Scott se apartó las manos de la cara y contempló, aturdido, el desastre. -Y nos echará la culpa a nosotros.

- No si lo arreglamos antes de que vuelva. Eso es lo que haremos. Ya verás. Dejaremos todo como estaba. Lo ordenaremos todo. -Glen empezó a recoger las lentejuelas.

Scott caminó lentamente hacia el sofá y observó los restos del vestido de Kelly.

Era imposible dejarlo todo como estaba. Y Scott lo sabía. No había forma humana de que pudieran arreglar entre los dos todo lo que Mac había destrozado.

-Es imposible, Glen -dijo un Scott entumecido, sin fuerzas siquiera para tener miedo-. No podemos hacer nada.

En aquel momento vio a Mac... subiendo por la cortina que había detrás del sofá.

-¡Ahí está! -gritó Scott.

Mac subió por la cortina y echó a correr por el riel antes de que Scott pudiera atraparlo.

-¡Mac! -gritó Scott-. ¡Ven aquí!

Pero Mac saltó del riel y atravesó corriendo la habitación.

Glen corrió tras él. Y Scott también.

-¡No lo pierdas! -ordenó Scott a Glen mientras perseguían a Mac por el pasillo y se metían en la cocina-. Si no lo atrapamos esta vez, ¡quién sabe lo que hará!

-Es demasiado rápido -dijo Glen-. ¡Nunca lo atraparemos!

Scott tuvo una brillante idea. Si no podían atraparlo, a lo mejor podían conseguir que saliera de la casa.

- Glen -dijo Scott mientras corrían por la cocina y volvían a salir al pasillo-. Olvídate de Mac y abre la puerta de la salita que da al garaje.

- ¿Por qué? -preguntó Glen.

-Porque voy a intentar encerrar a Mac en el garaje. Luego podremos librarnos de él -susurró Scott-. ¡Para siempre!

-¡Bien pensado! -Glen fue a la salita, mientras Scott seguía persiguiendo a Mac.

Mac condujo a Scott por todas las habitaciones de la planta baja. Finalmente, la peluda criatura volvió a entrar en la salita.

-¡Apártate de la puerta! -gritó Scott persiguiendo a Mac por la habitación-. ¡Si no, lo asustarás y se irá por otro lado!

Glen se apartó de un salto. Y Mac atravesó la puerta como Scott había esperado que hiciera.

-¡Vamos! -chilló Scott-. Yo lo seguiré. Tú ve a abrir la puerta del garaje que da al patio.

Scott y Glen cruzaron la puerta de la salita y la cerraron tras ellos... en el momento en que un frasco lleno de nueces se rompía al caer de una estantería que recorría toda la pared izquierda del garaje.

Scott levantó la vista y vio a Mac corriendo por la estantería.

-¡Oh, no! -dijo Scott cuando Mac se detuvo para empujar una lata de pintura. Cuando llegó al suelo, la tapa saltó.

¡Splassshhh!

La pintura roja salpicó todo: las paredes, el suelo, la mesa de trabajo y, lo peor de todo, el lateral del coche blanco del padre de Scott.

Scott miró el coche horrorizado.

-¿Por qué papá no ha podido llevarse hoy el coche? -gimió.

-Si tu padre ve esto, somos hombres muertos. Mac saltó de la estantería y aterrizó en el

techo del coche.

-¡Tú sí que vas a morir! -gritó Scott a Mac, tirándose sobre la capota del coche. Pero Mac volvió a escapar.

Esta vez, Scott se alegró. Mac corría en línea recta fuera del garaje. Y salió al camino de entrada.

-¡Cierra la puerta! -gritó Scott a Glen-. ¡Cierra la puerta!

Glen apretó el botón de la pared que controlaba la puerta automática del garaje.

Pero cuando la puerta empezó a cerrarse, Mac dio media vuelta y volvió sobre sus pasos.

-¡Deprisa! ¡Deprisa! -Scott saltaba y animaba a la puerta, como si eso la hiciera moverse más rápido.

Contuvo el aliento mientras la puerta bajaba y se acercaba más y más al suelo.

La puerta ya estaba a pocos centímetros del suelo.

Sólo unos centímetros y Mac estaría fuera para siempre.

"¡Lo conseguimos!", pensó Scott. "¡Lo conseguimos!"

Entonces oyó el grito.

El horrible grito.

20

-¡Lo hemos aplastado! -gritó Glen.

Scott también lo había visto. Bajo la puerta del garaje asomaba uno de los brazos de Mac y una de las piernas. Y no se movían.

El resto de su cuerpo tenía que estar aplastado bajo la puerta.

A Scott se le revolvió el estómago. El no quería matar a la criatura. Sólo quería librarse de ella.

Scott apretó el botón para abrir la puerta. Una fina lluvia había empezado a caer.

"Bueno", pensó. "Parece que Mac ya no volverá a causarnos problemas."

Scott se acercó para fijarse mejor. La cabeza de Mac estaba prácticamente plana. Su cuerpo yacía en un charco de lodo viscoso sobre el que golpeaban las gotas de lluvia.

-Está totalmente aplastado -dijo Scott.-Qué asco -dijo Glen.

- Sí -dijo Scott, mirando a Mac-. Tendremos que enterrarlo o algo así.

Glen asintió.

-Primero tendremos que despegarlo del suelo

- señaló. Tocó a Mac con la punta de su zapatilla... y una de las piernas de Mac se separó del cuerpo.

-¡Diablos! -gritó Scott, volviendo la cabeza. -Vamos. Será mejor que nos demos prisa

- dijo Glen-. Cada vez llueve con más fuerza. Mac se estaba empapando. Las gotas de agua golpeaban su cabeza plana, su cuerpo aplastado, sus brazos y piernas estrujados.

De repente... pareció... cambiar.

Ya no estaba plano.

Se estaba inflando.

- ¡Oh, no! -gimió Scott-. ¡Otra vez, no!

21

-¡El agua lo está resucitando! -gritó Scott. -¡Mira su pata! -chilló Glen-. ¡Le está volviendo a crecer!

-Es imposible -dijo Scott. Pero, cuando se acercó, comprobó que Glen tenía razón. A Mac le estaba creciendo una pata.

Un trozo de hueso ocupaba el sitio que debía haber ocupado la pata. Y cada vez era más largo. Al poco rato, jirones de músculos y venas empezaron a rodear el hueso.

Scott vio que la vieja pata, la que se le había caído, encogía a la misma velocidad que crecía la otra.

-Es la cosa más misteriosa que he visto en mi vida -dijo Scott, apartándose de Mac.

-¿Cómo puede ocurrir algo así? -Glen también se apartó de Mac.

-Debe de ser el agua -respondió Scott-. ¿Re-cuerdas cuando volvimos del salón recreativo y todo su cuerpo estaba encogido? En cuanto lo pusimos en el agua, volvió a la normalidad. Más aún. Creció más. Parece que el agua puede curar a Mac de cualquier cosa.

- Sí -dijo Glen-. ¡Hasta de la muerte!

Scott observó horrorizado cómo Mac se ponía de pie. Parecía tan grande como antes... y más fuerte.

"¡Nunca nos libraremos de Mac!", pensó Scott. "¡Nunca! ¡Es totalmente indestructible!"

-¿Qué hacemos ahora? -preguntó Glen con un susurro.

Mac estaba allí, mirándolos fijamente a los dos. La mente de Scott volaba. No tenía ni idea de qué hacer.

-A lo mejor, si lo dejamos ahí, se va -sugirió Glen.

Scott lo pensó un segundo. Deseaba con todas sus fuerzas que Mac se fuera. Pero no iba a pasar nada parecido. Y Scott lo sabía.

Sólo podía hacer una cosa. De alguna manera, tenían que atrapar a Mac y encerrarlo para siempre.

Sin decir una palabra, Scott empezó a acercar-se a Mac.

Mac no se movió.

- ¿Qué estás haciendo? -preguntó Glen.

- Cállate -dijo Scott. Avanzó un paso más hacia Mac.

Mac siguió sin moverse.

-No voy a hacerte daño, Mac -dijo Scott con dulzura. No quería que Mac escapara otra vez. -Sólo quiero acariciarte -mintió-. Eso es todo.

- ¿Te has vuelto loco, o qué? -preguntó Glen, incrédulo.

Scott se inclinó para agarrar a Mac. Mac soltó un chillido furioso y saltó a la cara de Scott con la boca abierta.

Scott apartó la cabeza, pero Mac le clavó los dientes en la mano.

- ¡Ay! -gritó Scott.

Mac volvió a chillar y saltó de la mano de Scott a una de las estanterías del garaje.

Mientras Scott se frotaba la mano, Mac agarró un martillo y lo tiró en línea recta a su cabeza.

- ¡Cuidado! -exclamó Glen.

Scott lo esquivó justo a tiempo. El golpe falló por un milímetro.

Mac agarró un destornillador y lo tiró... como una flecha... contra Glen.

- ¡Está tratando de matarnos! -gritó Glen. Se libró del golpe por un pelo.

-¡Vamos adentro! Ambos corrieron hacia la puerta.

- ¡Deprisa! -gritó Scott mientras Glen forcejeaba con el picaporte-. ¡Deprisa!

Glen consiguió abrir la puerta y los dos entra-ron en la salita.

Scott trató de cerrar la puerta, pero algo se lo impedía.

Mac estaba empujando por el otro lado.

-¡Ayúdame, Glen! -gritó Scott empujando la puerta con todas sus fuerzas.

Glen también se apoyó en la puerta.

Pero Mac era más fuerte que los dos juntos. Scott y Glen cayeron al suelo y Mac cruzó el umbral, atravesó la salita y desapareció en el interior de la casa.

22

-¡Vamos! -Scott se levantó de un salto. -¡Tenemos que llamar a la policía!

-¿Para decirles qué? -preguntó Glen-. ¿Que hay un hidrosimio gigante y asesino rondando por la casa? Nunca se creerían algo semejante.

-Pues les diremos que ha entrado un ladrón, o un animal salvaje, o algo así. Cualquier cosa que los haga venir -respondió Scott.

-No son... -comenzó Glen.

-Mac cree que hemos intentado aplastarlo con la puerta del garaje -lo interrumpió Scott-. Está furioso... y vendrá a buscarnos. Voy a llamar a la policía ahora mismo.

Scott y Glen corrieron hacia el teléfono de la cocina. Scott empezó a marcar. Entonces oyó un grito en la salita.

-¡Scott! -El tono de voz de su madre era más espantoso que todo lo que había hecho Mac.

-¡Ven aquí inmediatamente!

El estómago de Scott se encogió. Se encontraba realmente enfermo. Cuando Glen y él entra-ron en la salita, su mente trataba de encontrar la manera de hablarle a su madre de Mac.

-¡Qué han hecho! -le gritó su madre en cuanto entraron en la habitación.

- No he sido yo, mamá -dijo Scott-. Te juro que no.

Su madre lo miró sujetando los jirones del vestido de Kelly.

- Entonces, ¿quién ha sido?

-Hemos criado un hidrosimio -dijo Scott-. Ha crecido más de lo que decían las instrucciones. Ahora está suelto por la casa. Está destrozando todo. ¡Y quiere hacernos daño a Glen y a mí! Tienes que ayudarnos, mamá.

- Oh, Scott. -Su madre sacudió la cabeza disgustada.

-¿De verdad piensas que me voy a creer esa historia?

- Por favor, mamá -suplicó Scott-. Estoy diciendo la verdad. ¿No es cierto, Glen?

Glen asintió con gesto atemorizado.

-No quiero oír una palabra más -dijo la madre de Scott. Nunca la había visto tan furiosa. Arrojó el vestido destrozado en el sofá.

-¡Te odio! -gritó Kelly-. ¡Los odio a los dos! -exclamó rompiendo a llorar.

-No llores, Kelly -dijo su madre dulcemente.

Acarició el pelo de Kelly, bueno, lo que quedaba de él, sin apartar la vista de Scott.

-Está bien.

-¡No está bien! -gimió Kelly-. ¡Mi vestido está destrozado! ¡No podré ir al baile!

-Sólo tenemos que ir a la tienda y comprar el vestido que vimos -dijo su madre-. Y lo pagarás tú, jovencito -dijo a Scott-. Con tu asignación. ¡Aunque te lleve el resto de tu vida!

Scott permaneció en silencio.

-De hecho -continuó su madre-, Kelly y yo vamos a ir a comprarlo ahora mismo. ¡Ya habla-remos de ti y de todo este desastre cuando vuelva!

La madre de Scott y Kelly salieron sin pronunciar una palabra más.

-Ojalá no hubiera oído hablar nunca de hidrosimios -gimió Scott, agachando la cabeza... y vio a Mac aparecer entre los almohadones del sofá.

-¡Ahí está! -gritó Glen. Mac chilló más fuerte que él, mostrando los dientes.

-¡Atrápalo! -gritó Scott.

Mac agarró un puñado de lentejuelas y las arrojó contra Glen y Scott.

Scott recibió unas cuantas en la cara.

-¡Ayyayay! -gimió.

Mac agarró una manga del vestido y salió de la salita.

-Tenemos que encontrarlo -dijo Scott-. No se detendrá hasta que nos haya destrozado.

-Nos dividiremos -sugirió Glen-. Tú irás al piso de arriba y yo lo buscaré en la planta baja. -¡Buena idea! -dijo Scott.

Scott subió las escaleras. La primera puerta era la del armario de las sábanas. Miró adentro. Mac no estaba entre las sábanas. Se arrodilló para mirar el suelo del armario... y alguien le dio una palmada en la espalda.

Scott se levantó de un salto y soltó un grito.

- Soy yo -susurró Glen.

-¿Qué estás haciendo aquí? Se supone que tenías que registrar la planta baja.

- Este... bueno... he pensado que no deberíamos separarnos -dijo Glen-. Errr... no es seguro...

- ¡Chist! -lo interrumpió Scott-. Escucha. Scott miró el armario esperando ver a Mac saltando hacia ellos.

Entonces se dio cuenta de que el sonido que había oído no provenía del armario. Venía del pasillo.

-Suena como si hubieran abierto una canilla -dijo Glen.

-¡Vamos! -Scott agarró a Glen y lo arrastró por el pasillo.

-¡Está en el cuarto de baño!

Scott lanzó un respingo cuando llegaron a la puerta del cuarto de baño. El agua llenaba el lavatorio y había inundado el suelo.

-¡Mira eso! ¡Está todo empapado! -Scott cerró la canilla rápidamente.

-¡Trae unas toallas!

Glen abrió un armario, sacó unas toallas y las tiró al suelo.

Mientras Scott y Glen recogían el agua se dieron cuenta de que seguía cayendo agua al suelo de algún otro sitio.

Pero no salía del lavatorio.

Salía de debajo de la tapa del inodoro.

- ¿Qué pasa? -dijo Scott levantando la tapa para mirar.

Allí estaba Mac.

Mirándolo frente a frente.

Sus ojos eran de color azabache oscuro. La pupila era roja y resplandeciente.

Mac mostró sus feos dientes. Eran más largos y afilados que nunca. Hasta su piel parecía afilada, como las púas de un puerco espín.

Scott cerró la tapa de golpe.

- Está dentro. ¡Y es más grande y amenazador que nunca!

-¡Tira de la cadena! -gritó Glen-. ¡Tira de la cadena! -Se sentó en la tapa del inodoro. -¡Deprisa!

Mac empujó la tapa desde abajo. Esta se abrió de golpe y Glen se estrelló contra el suelo.

- ¡Levántate! -gritó Scott, tratando de sujetar la tapa-. ¡Ayúdame!

Glen se levantó de un salto y se sentó de nuevo en la tapa. Pero Mac consiguió abrirla... lo suficiente para sacar una garra peluda. Y clavarla en la pierna de Glen.

-¡Ayayayayay! -gimió éste, apretándose el muslo.

-Aguanta un poco para que pueda meterle la garra dentro -dijo Scott.

Glen aguantó y Scott trató de empujar la garra de Mac dentro del inodoro, pero Mac le golpeó el brazo. Scott soltó un grito y la sangre empezó a manar de la herida.

Ahora las dos garras de Mac sobresalían del inodoro. Al rato también consiguió sacar la cabeza. Estaba sonriendo. Una sonrisa malvada.

Scott se inclinó, agarró la escobilla de limpiar el inodoro y golpeó a Mac con ella.

La peluda criatura se soltó del borde del inodoro y cayó al agua.

Glen bajó la tapa una vez más. Los dos amigos se sentaron juntos encima.

-¡Tira de la cadena! -gritó Glen-. ¡Tira de la cadena! ¡Ya!

Scott buscó tras él y tiró de la cadena con todas sus fuerzas.

Desde dentro del inodoro les llegó el grito de Mac... largo y penetrante.

Scott se estremeció al oír el agua arremolinar-se dentro del inodoro.

Luego oyó el sonido del agua corriendo a través de la tubería.

Y todo quedó en silencio.

23

-Mira tú.

-Yo no quiero mirar -dijo Glen-. ¿Por qué tenemos que mirar?

-Porque tenemos que asegurarnos de que no está. Por eso -suspiró Scott.

-Bueno, es tu inodoro, así que tienes que mirar tú.

Scott tuvo que hacer acopio de todo su valor para levantar la tapa y mirar dentro.

La levantó lentamente. Observó el agua.

No había ni rastro de Mac. El agua de la cisterna había enviado a Mac fuera de sus vidas. Cuan-do cerró la tapa, dejó escapar otro suspiro... esta vez de alivio.

Scott miró el cuarto de baño.

-Será mejor que lo limpiemos antes de que llegue mi madre. Ve a la cocina y trae un trapo para que podamos recoger toda esta agua. Glen salió.

Scott agarró la alfombrita empapada del suelo y la echó a la bañera. Se sentó en el borde y empezó a escurrir lo que se le antojaron hectolitros de agua.

¡Crack! ¡La tapa del inodoro se abrió de golpe!

24

Scott contempló horrorizado cómo Mac saltaba del inodoro y se lanzaba directamente hacia él.

Gritó cuando Mac pasó por encima de él.

Mac tenía las alas del tamaño de un murciélago. Aleteaba salvajemente y dejaba escapar un chillido que helaba la sangre.

Scott no podía apartar los ojos de los brillantes dientes amarillos de Mac. Eran tan grandes como colmillos.

Mac descendió, con la mandíbula apuntando a Scott.

-¡Aléjate! -Scott se cubrió la cara con el brazo.

Mac retrocedió. Y volvió a precipitarse otra vez, con la boca abierta... listo para morder.

Scott salió a toda velocidad del baño. Corrió por el pasillo. Mac volaba detrás de él. Chillando y siguiéndolo.

-¡Glen! -gritó Scott cuando llegó a las escaleras-. ¡Socorro! -Scott apenas había terminado de pronunciar esta palabra cuando Mac descendió en línea recta hasta su cara y lo atacó.

Scott sintió los afilados dientes de Mac en la mejilla y se apartó. Resbaló en la alfombra de las escaleras. Y las bajó dando tumbos.

Cuando llegó abajo, se levantó a toda prisa... antes de que Mac se precipitara otra vez sobre él.

Corrió por el vestíbulo en dirección a la cocina. Mac lo seguía de cerca. Chillando.

Glen salió de la cocina con un trapo en una mano y una galletita en la otra. Al ver a Mac, dejó caer las dos cosas.

-¿De dónde ha salido? -gritó entrando a toda prisa en la cocina.

-¡Del inodoro! -chilló Scott-. ¡Quiere matar-me!

Mac se tiró a la cara de Scott de nuevo. Esta vez, Scott trató de agarrarlo. Pero la piel de Mac le pinchó las manos.

-¡No lo toques! -le dijo a Glen-. ¡Su piel pincha como si estuviera llena de agujas!

-¡No quiero tocarlo! -dijo Glen metiéndose debajo de la mesa de la cocina.

Scott recorrió la cocina con la vista... buscando algo para protegerse. Vio la pala matamoscas, pero era imposible detener a Mac con ella.

Mac se precipitó debajo de la mesa, en dirección a Glen.

-¡Cuidado! -gritó Scott. Glen se apartó de su camino antes de que Mac pudiera clavarle los dientes.

Mac revoloteó por la cocina, aterrizó encima de la heladera y allí se quedó, emitiendo extraños sonidos.

-¡Tenemos que hacer algo! -gimió Glen-. ¡O nos matará!

Scott vio la sartén encima de la cocina y tuvo una idea.

Sin apartar la vista de Mac, Scott se acercó lentamente y tomó la sartén. La escondió detrás de su espalda.

-¡Ven aquí, estúpido cerdosimio! -dijo Scott con furia-. ¡Ven a atraparme!

-¿Te has vuelto loco? -Glen saltó al otro lado de la cocina.

-¡Vamos, Mac! -chilló Scott de nuevo, sin hacer caso a Glen-. ¡Ven a atraparme, estúpido hidrosimio!

Mac aleteó y mostró los dientes. Dejó escapar un grito penetrante y furioso. Y se abalanzó di-rectamente desde la heladera hacia Scott.

Scott balanceó la sartén y se preparó para golpear a Mac como si fuera una pelota de béisbol. Cuando Mac estuvo a un brazo de distancia Scott bateó con todas sus fuerzas.

Mac surcó la cocina y se estrelló contra la pared. Luego cayó al suelo, aturdido.

-Tenemos que encerrarlo en algún sitio antes de que se despabile -dijo Scott.

-¿Y qué haremos con él después? -preguntó Glen. Se agachó y empezó a revolver en uno de los armarios.

-Nada. Ya sabes que cuando está fuera del agua mucho tiempo se arruga.

-Sí -contestó Glen, buscando en el armario de al lado.

-Bueno, apuesto que si lo mantenemos alejado del agua, se secará por completo. Y se convertirá en un cristal.

-Quizá -dijo Glen. No sonaba muy convencido.

Scott vio una lata de galletas en la mesada.

-Podemos meterlo aquí -dijo agarrándola. Mac empezó a gemir.

-¡Date prisa! ¡Date prisa! -le advirtió Glen. Scott abrió la lata y vació todas las galletas en la mesada. Luego se dirigió de puntillas a donde estaba Mac.

-Sólo tienes que agarrarlo y meterlo ahí -susurró Scott a Glen.

-No pienso agarrarlo -dijo Glen.

-Yo lo he despachurrado -dijo Scott-. ¡Te toca a ti agarrarlo!

-¡Yo no lo toco! -gritó Glen.

-Muy bien. -Scott agarró al hidrosimio por un ala y lo metió en la lata.

-Y ahora, ¿qué? -preguntó Glen.

- ¡Cinta adhesiva! -contestó Scott. Tomó un rollo de cinta aislante del cajón de los trastos. -Sujeta la tapa -ordenó a Glen. Gastó todo el rollo para sujetar la tapa de la lata.

-Voy a buscar más cinta -dijo Scott-. Quiero asegurarme de que no saldrá.

-Bueno, date prisa -dijo Glen-. Antes de que se despierte y mastique todo esto.

Scott fue al garaje y volvió con un rollo de cinta adhesiva, otro de cinta aisladora y dos de tira emplástica.

-Creo que lo he oído arañar la lata por dentro -dijo Glen-. Se está despertando.

Scott y Glen envolvieron toda la lata con cinta adhesiva. No volvieron a oír a Mac.

Cuando gastaron toda la cinta, llevaron la lata a la habitación de Scott y la enterraron en el fondo del armario. Amontonaron ropa vieja encima y cerraron la puerta del armario.

25

-Escucha -dijo Scott a Glen tres días después agitando la lata de las galletas al lado de su oreja. Glen escuchó.

-No oigo nada -dijo.

Scott volvió a agitar la lata, más cerca de su oído.

-¿Lo oyes ahora? -preguntó.

Glen empezó a sacudir la cabeza para decir que no. Pero se detuvo.

-Sí -contestó-. Aunque casi no se oye nada.

-Creo que ha funcionado -dijo Scott-. Me parece que Mac se ha secado y se ha convertido en un cristalito otra vez.

-No lo sé -replicó Glen nervioso.

-Ya lleva tres días fuera del agua. -Scott trataba de convencerse a sí mismo tanto como a

Glen.

-¿Por qué no tiramos esa maldita lata de galletas a la basura y nos olvidamos de todo el asunto?

- Porque tenemos que asegurarnos de que ha desaparecido definitivamente -dijo Scott-: Y no lo sabremos hasta que no miremos la lata.

- ¡Yo no quiero mirar! -insistió Glen.

-Tenemos que hacerlo, Glen -dijo Scott, aun-que él tampoco quería mirar-. Si no lo hacemos, no nos libraremos nunca del temor a que Mac vuelva a aparecer.

Scott respiró hondo y empezó a despegar la cinta adhesiva de la lata.

Glen saltó de la cama muerto de miedo.

-Y si no se ha convertido en cristal, ¿qué? ¿Y si está ahí dentro esperando engañarnos?

- ¿Qué quieres decir? -Scott dejó de despegar la cinta.

-¿Y si se ha enganchado a las paredes de la lata para que no podamos oírlo cuando la agitamos?

-No tiene ningún sitio dónde agarrarse -respondió Scott. Agitó otra vez la lata para asegurarse.., la sacudió con todas sus fuerzas.

Scott siguió despegando la cinta. Con cada vuelta que despegaba, veía que Glen palidecía más y más.

¿Y si tenía razón? ¿Y si abrir la lata era un gran error?

Las manos de Scott temblaban cuando quitó el último trozo de cinta.

-Si la abres -dijo Glen-, y está dentro... moriremos.

Scott sabía que era cierto. Pero tenía que hacerlo. Tenía que saber de una vez por todas que Mac había salido de sus vidas definitivamente.

Scott contuvo el aliento. Cuando retiró la tapa, dejó escapar el aire contenido en sus pulmones en un largo suspiro de alivio.

-¡Glen! -gritó emocionado-. ¡Ha funciona-do!

-¡Lo conseguimos! -exclamó Glen abrazan-do con fuerza a Scott-. ¡Nos hemos librado de Mac!

Los dos amigos se sentaron en la cama, miran-do dentro de la lata. Scott no podía creer que todo había terminado. No podía creer que lo único que quedaba del monstruo que habían creado fuera un fino cristalito negro.

-¿Qué vamos a hacer con él? -preguntó Glen, rompiendo el silencio.

-Nada -contestó Scott buscando la tapa de la lata-. No haremos nada con él nunca más. -Scott cerró la lata de las galletas.

-Hasta el día de nuestra muerte, Mac será un cristal. Y se quedará aquí.

Scott escondió la lata en el fondo de su armario.

La batalla había terminado.

El monstruito cerdosimio nadador, asqueroso y que saludaba había desaparecido para siempre de sus vidas.

26

-¡Ni lo pienses siquiera!

-Oh, vamos, Glen -suplicó Scott-. Mira qué bonitos son.

Scott se mordía el labio para no morder la cara de Glen.

Glen ni siquiera se molestó en mirar el anuncio que Scott agitaba enfrente de sus narices. Observaba a Scott como si se hubiera vuelto loco.

-Gusanos maravillosos, Glen -dijo Scott señalando el anuncio de la revista-. ¡Tenemos que conseguirlos!

-¿Te has vuelto loco?

Scott estalló en carcajadas. Ya no podía mantener la expresión seria.

-¡Caíste!

-No le veo la gracia -suspiró Glen-. ¿Vamos al centro comercial o qué?

-Bueno, bueno. -Scott seguía riéndose cuan-do tiró la revista debajo de la cama. -Vamos. Voy a buscar la chaqueta.

"Finalmente, todo ha vuelto a la normalidad", pensó Scott dirigiéndose al armario. El salón de juegos recreativos tenía un nuevo encargado, así que Glen y él podían entrar de nuevo.

Scott abrió la puerta del armario de par en par.

-¡Noooooo! -gritó.

No había nada donde lo había dejado por la mañana, cuando se fue a la escuela.

Toda su ropa estaba ordenada. Y los zapatos alineados en el suelo.

Y la lata de las galletas no se veía por ninguna parte.

-¿Qué? ¿Qué? -chilló Glen.

-¡Mi madre ha ordenado el armario! -exclamó Scott. No tenía que decir nada más para que Glen supiera el alcance del problema.

-¡Mamá! -gritó Scott saliendo de la habitación y bajando a toda prisa las escaleras. -¡Mamá!

-Estoy en la cocina -dijo su madre.

-¡Mamá! -Scott entró en la cocina con Glen siguiéndolo de cerca.

-Mamá -repitió, tratando de sonar tranquilo-. ¿Por casualidad, has ordenado mi habitación hoy? -Ya sabía la respuesta.

Su madre se echó a reír.

-Así que te has dado cuenta -dijo por encima del hombro mientras se inclinaba para guardar algo en el armario que había debajo de la pileta-. A lo mejor podrías tratar de mantenerlo así durante algún tiempo, ¿eh?

-Claro. -Scott dijo lo que su madre esperaba oír para que le respondiera a la siguiente pregunta:

-Cuando estabas limpiando mi habitación, ¿encontraste una lata de galletas en el armario?

-Sí -contestó, echando detergente en el lavavajillas-. Sí. Y, de paso, ¿te importaría decirme qué estaba haciendo mi lata de galletas en el fondo de tu armario?

Scott respondió a la pregunta de su madre con otra. Otra pregunta mucho más importante.

-No la abriste, ¿verdad?

-Sí, lo hice. -Su madre lo observó como si hubiera perdido el juicio. Cerró la puerta del lava-vajillas.

-Pero no había nada dentro.

-¿Está segura? -preguntó Glen.

-No vi nada -le dijo-. Sólo unas pocas migajas. ¿A qué vienen todas esas preguntas? Scott tampoco contestó esta vez.

-Y, ¿qué has hecho con ella? -preguntó. -¿Qué has hecho con la lata de las galletas?

-Está en el lavavajillas -contestó, apretando el botón que lo ponía en marcha.

-No! -gritaron Glen y Scott. Pero era demasiado tarde. Podían oír el sonido del agua entrando en la máquina.

-Definitivamente, los dos necesitan un pasatiempo -dijo la madre de Scott dándose vuelta y saliendo de la cocina.

Scott y Glen estaban paralizados por el horror.

Miraban fijamente el lavavajillas.

Lo miraban mientras una garra gigante de mono golpeaba la puerta del lavavajillas. La garra gigante de Mac.

Y no estaba precisamente saludando.